



Doña María de Padilla

MA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Francisco Villaespesa

PERSONAJES

DOÑA MARÍA DE PADILLA.
LA REINA MADRE DOÑA MARÍA DE PORTUGAL.
DOÑA BLANCA DE BORBÓN.
MENCIA.
BELTRÁN.
DOÑA SOL.

DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR.
DOÑA ISABEL.
EL REY DON PEDRO.
DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE.
DON FADRIQUE.
PERO LÓPEZ DE AYALA.

FERNÁN RUIZ DE CASTRO.
DON JUAN DE LA CERDA.
SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO.
ÁLVARO DE ZÚÑIGA.
DIEGO DE PADILLA.
UN PAJE.
LA VOZ DE UN JUGLAR.

Damas, pajes, fijosdalgoes, ballesteros y soldados.

ACTO PRIMERO

Un patio del nuevo alcázar real de Sevilla. Al fondo, una galería de columnas que da a un jardín, separada de éste por una verja de hierro. A la izquierda, en primer término, una puerta árabe, cubierta por un rico tapiz oriental, y un ajimez. A la derecha, dos puertas, cubiertas también por ricos tapices.

ESCENA PRIMERA

FERNÁN RUIZ DE CASTRO, DON JUAN DE LA CERDA y SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO.

SANCHO—¡Más nos valiera vivir como esclavos prisioneros en la corte de un emir, que ser aquí caballeros! Pues, ¡oh, suerte desdichada!, menos a un noble le humilla vivir cautivo en Granada que andar libre por Castilla!

CERDA—El moro blande el lanzón y nos tala la frontera; Portugal su presa espera y nos acecha Aragón. Navarra pasa la raya, y las galeras inglesas, en Galicia y en Vizcaya quemar naves y hacen presas.

CASTRO—Las contiendas interiores causan más hondos quebrantos, porque hay en Castilla tantos monarcas como señores...

SANCHO—¡Si don Alfonso pudiera dejar la tumba...!

CASIRO

No poca culpa a don Alfonso toca —y acaso la tenga entera— de los males actuales, pues dejó, como sabéis, un hijo: don Pedro, y seis nobles bastardos reales. Su reino entre ellos partió, ¡vive Dios, con poca ley!, que a los bastardos dejó casi tanto como al rey. Y más tierra castellana tienen en feudos, hoy día, los hijos de la Guzmána que el de la reina María.

SANCHO—Además, por otra parte, propagan la rebelión levantando su estandarte los infantes de Aragón, primos del rey, y el valido Alburquerque, el portugués... En fin... Tres bandos... Los tres el reino se han repartido. Y ver Castilla consterna, ¡que es el cetro castellano muy duro para la mano juvenil que nos gobierna...!

CASTRO—¡Mas no se rinde, en verdad, de don Pedro la altivez: lo que le falta de edad le sobra de intrepidez! Callad, callad, castellanos... ¿Qué pedís y qué queréis? ¿De qué os quejáis, si tenéis el remedio en vuestras manos? ¡Rebelaos contra el medro de bastardas ambiciones; congregad vuestros pendones en torno del rey don Pedro! ¡Prestad fuerza a su mesnada, y haced del guión real el estandarte ideal de alguna nueva cruzada! Y entonces, si rugen airado el cachorro del león, el inglés huirá asustado; y Navarra y Aragón, y Granada y Portugal, y otras tierras más lejanas, caerán al golpe mortal de las lanzas castellanas:

ESCENA II

Dichos y ALVARO DE ZUÑIGA, que entra por la verja del foro.

(Aproximándose al grupo y en voz baja.)

ALVARO—¡Grandes noticias he oído y os las vengo a relatar! De acuerdo con el valido, la reina quiere casar al rey con una princesa que es ornamento y florón de la corona francesa: doña Blanca de Borbón. Esto se dice en Sevilla... Pero el rey no lo consiente, porque cada día siente más amor por la Padilla.

CASTRO—Ese amor la causa es por la cual el casamiento aconseja el portugués. Ve morir su valimiento y de todos desconfía...

CERDA—Mas él ¿no fué quien unió al rey con doña María?

CASTRO—El de tercero sirvió. Mas la que pensó que fuere su mejor apoyo, ha sido su ruina, y por eso quiere vengarse de ella el valido.

ALVARO—A la Guzmán ha apresado la reina, y en Talavera vengar con su sangre espera las ofensas del pasado. Y por tan justo motivo, dicen que inquietos están los hijos de la Guzmán. Don Enrique muestra altivo

sus recelos, preparando por sus manos la justicia, a sus parciales armando en sus tierras de Galicia. Y su maestrazgo dejó don Fadrique. Aquí ha venido, y al rey de todo enteró para que esté prevenido.

SANCHO—¡Don Pedro le quiere bien, y evitará, como pueda, que a su madre le suceda el mal que todos preven!...

CASTRO—¡Y además, doña María de Padilla no dejara que la reina consumara venganza que es felonía!...

(Aparecen por la galería del fondo don Fadrique y Pero López de Ayala, conversando en voz baja.)

ESCENA III

Dichos, DON FADRIQUE y PERO LOPEZ DE AYALA.

SANCHO—Mas ¡silencio! Don Fadrique aquí dirige sus pasos con Pero López de Ayala, el poeta, conversando.

(Todos se vuelven.)

CASTRO—Con razón reza el proverbio: tras de la cruz, el diablo.

¡Lo que tiene de poeta le falta a Ayala de honrado, que si mide bien los versos, mide, en cambio, mal sus actos!

(Todos se inclinan ante don Fadrique.)

¡El Señor guarde los días del maestro de Santiago, para orgullo de su casa y gloria de estos estados!

(Saludando.)

FADRIQUE—¡El cielo os guarde, señores!

SANCHO—Dejad, dejad que este anciano, que al lado de nuestro padre cayó herido en el Salado, os bese con toda el alma, señor maestro, la mano, ya que de ella, por mortales, indignos son estos labios!...

(Le besa la mano.)

ALVARO—Mas, señor, ¿cómo en Sevilla?

FADRIQUE—De Extremadura he llegado ha dos horas, para ver al rey don Pedro, mi hermano.

ESCENA IV

Dichos y BELTRAN, que entra por la puerta izquierda.

BELTRAN—El rey, señores, os llama, que quiere a todos mostrarnos los gerifaltes, las joyas, las armas y los caballos que el rey moro de Granada le envió como regalo.

(Los nobles saludan a don Fadrique y a alen

por la puerta de la izquierda, cuyo tapiz sostiene Beltrán.)

(A Beltrán.)

FADRIQUE—Beltrán, dí a doña María de Padilla que aquí aguardo su venia para ofrecerle mis respetos.

(Saliendo por la primera puerta de la derecha.)

BELTRAN (¡Así al paso podrá decir a Mencía el fervor con que la amo!)

ESCENA V

DON FADRIQUE y PERO LOPEZ DE AYALA.

(Aproximándose, después de haberse convecido de que están solos.)

LOPEZ—Decídmelo, don Fadrique, decídmelo ya, ¡vive Dios!

¿qué contesto a don Enrique?

¿Se puede contar con vos?

Si en su bando os aseguro, a daros se compromete medio reino...

FADRIQUE ¡Calla o veté!

(Insinuante.)

LOPEZ—Nuestra victoria es segura, y aún haceros saber quiero que para esta rebelión Francia nos dará dinero, y armas nos presta Aragón.

(Con misterio.)

Y hasta en la misma Sevilla hay alguien que, sin cesar, va afilando su cuchilla para con ella vengar de don Pedro los rigores...

(Indignado.)

FADRIQUE—¡Coro a la traición hacer, eso es, Pero López, ser más traidor que los traidores!

(Sin hacer caso.)

LOPEZ—¡Aceptad! ¡No andéis remiso! ¡Medio reino...! ¡Es buen presente!

FADRIQUE—¡Calla, no vengas, serpiente, a echarme del paraíso!

¡Lo que tu labio ofreció

es rico, rico manjar,

capaz, capaz de tentar...

a otro que no fuera yo!

¡Mas pierdes el tiempo en vano!

No iré con vosotros, pues

si don Enrique es mi hermano

también don Pedro lo es...!

¡Y puestos en igualdad

de afectos, mi corazón

se queda con la lealtad

y rechaza la traición!

(Con voz baja y dejando caer con lentitud las palabras.)

LOPEZ—Vuestra madre; en Talavera, donde encerrarla le plugo

a la reina, acaso espera la visita del verdugo.

(Poniéndole la mano en la boca, violentamente.)

FADRIQUE—¡Sella tus labios crueles!

¡Por librarla aquí llegué

tan raudo, que reventé

mis tres mejores corceles!

(Lleno de esperanza.)

Mas ¡nunca! El rey no podrá consentir tal felonía...

Yo hablaré a doña María

de Padilla, y ella hará,

pues es buena y es clemente

—mi corazón no se engaña,—

que se borre de mi frente

la nube que ahora la empaña.

¡Parte y dile a don Enrique

que confíe en mi valor...!

¡Mientras viva don Fadrique

vivirá doña Leonor!

LOPEZ—Me iré, señor, de Sevilla

sin vos, más os pesará...

FADRIQUE—¡Vete, que se acerca ya doña María Padilla!

(Pero López se va por la galería del foro. Por la primera puerta de la derecha entra doña María de Padilla, seguida de damas y pajes. Beltrán sostiene el tapiz para que pasen.)

ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA, DON FADRIQUE, BELTRAN, MENCIA, damas y pajes.

Todos estos últimos se retiran a la galería del fondo. Don Fadrique se inclina cortésmente.

MARIA—¡Perdonad, señor maestre, que os hiciera aguardar tanto!

Estaba viendo una veste

de brocatel amaranto,

de oro y perlas recamada,

con un broche de rubí,

que ha enviado para mí

el rey moro de Granada.

Mas, ¿cómo en Andalucía,

don Fadrique?

FADRIQUE— Sabe Dios

que sólo vine por vos,

¡Mas antes, doña María,

de que os diga la razón

de mi viaje, dejad

que os bese manos que son

las manos de la piedad!

(Se inclina y le besa las manos gentilmente.)

MARIA—¡Bizarro sois y cortés!

Que no en vano los juglares

celebran con sus cantares

vuestra cortesía, y es

ya proverbial en Sevilla

la finura y el halago

del maestre de Santiago,

don Fadrique de Castilla...

(Arrodillándose.)

FADRIQUE—¡Mas arrodillado ahora, vuestro afecto en mí no vea al doncel que galantea, sino a un hijo que os implora!

(Tendiéndole las manos y levantándole.)

MARIA—¡Contadme vuestro pesar...! Decidme, señor, en que mi ayuda os puedo prestar, y mi ayuda os prestaré!

FADRIQUE—¡Supe que a doña Leonor, mi madre, amenaza hoy pena injusta, y aquí estoy a implorar vuestro favor!

Que al rey le habléis para que su piedad logre impedir lo que mi temor prevé... ¡Es cuanto vengo a pedir!

MARIA—¿Se atreverán a intentar?

(En voz baja.)

FADRIQUE—Algo ha llegado a mi oído... ¡Todo se puede esperar de la reina y del valido!

MARIA—Haré cuanto deseáis.

FADRIQUE—Todo lo espero de vos, porque lo que vos no hagáis sólo puede hacerlo Dios...

MARIA—En mí, señor, confiad.

Con el rey he de insistir tanto, que he de conseguir al cabo su libertad.

FADRIQUE—En vos confío su vida; y en verdad no fío en vano, pues estando en vuestra mano sé que está bien defendida.

MARIA—Y ahora, a mi estancia, señor, venid; venid a alegrar un poco vuestro dolor con las trovas de un juglar que ayer de Provenza vino.

FADRIQUE—Rogar por vos no me hago.

(A los pajes.)

MARIA—¡Id señalando el camino al maestre de Santiago!

(Salen por la puerta del primer término de la derecha doña María y don Fadrique, precedidos de pajes y seguidos de las damas. Don Beltrán sostiene el tapiz, y al ir a salir Mencía lo deja caer, interponiéndose.)

ESCENA VII

MENCIA y BELTRAN

BELTRAN—¡Teneos, doña Mencía!

MENCIA—¿Qué me queréis, don Beltrán?

Mis compañeras se van, y no es buena compañía para una dama un galán de vuestro porte y valía, porque con razón dirán que Beltrán ama a Mencía, o Mencía ama a Beltrán.

BELTRAN—¡También pudieran decir que nos amamos los dos!

(Interrumpiéndole.)

MENCIA—Y si eso dijeran, vos lo tendréis que desmentir, pues no es cierto.

BELTRAN—¡Vive Dios!

Eso me faltaba oír... ¿Conque mienten al decir que nos amamos los dos?

MENCIA—Mas ¿qué os habéis figurado?

BELTRAN—Yo no me figuro nada.

MENCIA—¿Alguna prueba os he dado?... ¡No os amo!

BELTRAN—¡Buena celada!

¡Lo que el labio me ha negado lo afirma vuestra mirada!...

¡Como os habéis figurado, yo... no me figuro nada!

(Indignada.)

MENCIA—¡Habrás visto atrevido!

¿Pues no dice que mis ojos?...

BELTRAN—Calmad, pues, vuestros enojos, que sólo, señora, os pido que me digáis: ¿Han mentido vuestros labios o los ojos?

(Ruborosa.)

MENCIA—Ambos a un tiempo... Los dos mintieron... ¡Voy a escuchar los cantares del juglar!

La reina se acerca... ¡Adiós!

(Se libra de Beltrán y se escapa por detrás del tapiz.)

(Tras ella.)

BELTRAN—¡Con vos me voy! Junto a vos, ¡qué dulces deben sonar los cantares del juglar!...

(Aparecen por la galería la reina y don Juan Alfonso de Alburquerque.)

ESCENA VIII

LA REINA y DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

¡Reportaos, señora!

REINA

No es posible, pues para el odio inexorable y ciego, para el furor foraz e inextinguible que abrasa mis entrañas con su fuego, que emponzoña mis venas y me muerde el corazón y el alma me devora, ¡son siglos cada instante que se pierde y son eternidades cada hora!... ¡Tengo sed de su sangre!

ALBURQUERQUE

En Talavera doña Leonor sus crímenes espía... ¿Qué más podéis hacer?

REINA

¡Quiero que muera!

¡Vos conocéis, don Juan, esta agonía!

¡De noche me desvela su recuerdo, me hace saltar del lecho dando aullidos,

nasta hacerlos sangrar, los puños muer-[do,

y desgarran las uñas mis vestidos! ¡Lanzan mis ojos trágicos destellos y rechinan de cólera mis dientes, y silban y se agitan mis cabellos como hambrientos manojos de serpiente!...

¡Tengo sed de su sangre!

ALBURQUERQUE

Mas señora...

REINA

¡Toda su sangre entera no bastara —ni la de todos los bastardos— para saciar la inmensa sed que me devora. Mi venganza será terrible y dura, como ella fué... ¿Mi labio no ha apu-

[rado,

gota a gota, la copa de amargura que ella con su veneno ha emponzo-

[ñado?

¡Copa por copa! Es justo que procure que ella goce también sus embriague-

[ces...

¡Ahora me toca a mí! ¡Que ella la apure, como yo, toda entera!... ¡Hasta las he-

[ces!...

ALBURQUERQUE

Tened calma, por Dios... Yo veré modo de que satisfagáis vuestros enojos sin que nadie sospeche... El reino todo tiene en doña Leonor puestos los ojos. Presiente vuestro crimen y os espía... Hay que buscar las sombras, como os

[digo...

REINA

¡No quiero sombras! ¡A la luz del día, igual que el crimen fué, será el castigo! ¿No vió Castilla entera mi esperanza morir entre sus manos prisionera? ¡Pues ahora que también Castilla entera contemple su expiación y mi venganza.

ALBURQUERQUE

Mas no podemos, sin don Pedro, nada intentar. Esperemos... Por ahora nos es contraria la ocasión, señora. La orden de muerte debe ser firmada por el rey...

REINA

(Sacando del seno un pergamino.) ¡Basta el sello! ¡Aquí está el pliego! Vos el sello tenéis... ¡Sellad!

ALBURQUERQUE

¡Oidme!

Esperemos aún... Más tarde... Luego... Yo hablaré al rey.

REINA

Pero, don Juan, decidme: ¿tan segura tenéis vuestra privanza? ¡Este pliego, don Juan, ahora selláis,

porque mañana acaso no podáis vuestra ayuda prestrar a mi venganza!

ALBURQUERQUE

Es verdad... Mi privanza se ha eclipsado.

(Anonadado.)

Tan sólo falta que me digan: ¡vete!, que en las manos de un rey es un privado lo que en manos de un niño es un juguete.

¡Y mañana pudiese la Padilla, no solamente arrebatarme el sello real, sino también segar mi cuello bajo el golpe mortal de su cuchilla!

(Se queda sombriamente pensativo.)

REINA

¡Sellad, sellad, don Juan!

ALBURQUERQUE

¡Aparta! ¡Huye!

(Como huyendo de un fantasma.)

Tu sombra idolatrada y maldecida pasa por las tinieblas de mi vida como un ciclón que todo lo destruye...

(Violentamente, acercándose a la reina.)

¿Y tú me hablas de celos? ¿Tú de celos a mí, que por tu culpa atormentado, mil veces de furor me he revolcado escupiendo mi cólera a los cielos? ¡Tú de celos a mí, cuando he querido, para saciar la sed que me enajena, desenterrar tu sombra en el olvido, aullando de rencor como una hiena!...

¡Huye, aparta de mí! Fantasmas gimen en el aire... Me evoca tu figura nuestro crimen.

REINA

¡Pues bien, por ese crimen —si fué un crimen amarse con locura—, por ese fiero amor voraz y eterno, por este anhelo inextinguible y fuerte que nos ligó en la vida, y en la muerte nos ligará también en el infierno! Por tu sangre culpable, por la mía, que es más culpable aún, don Juan, te

[ruego...

ALBURQUERQUE

¡Cállate, por piedad, doña María!...

(Fascinado.)

Triunfe otra vez el mal... ¡Sellaré el pliego!...

(Saca de la escarcela el sello y sella el pliego, entregándoselo a doña María.)

REINA

¡Gracias, gracias, don Juan! ¡Mi vida entera [entera es tuya! Está en tus manos. Quien osara alzarse contra ti, mis furias viera... ¡y si mi propio hijo se atreviera mi hijo por ti, don Juan, sacrificara! Sobre veloz corcel un escudero a Talaverá volará. Le guía

de mi venganza el acicate fiero...
Por fin, por fin doña Leonor es mía!
(Se va rápidamente por la segunda puerta de
derecha, agitando el pliego. Albuquerque la
contempla inmóvil.)

ESCENA IX

ALBURQUERQUE

El crimen hecho está. ¡Calla, conciencia!
(Ensimismado.)
Si no tuviste, no, valor bastante
para oponerte al mal, ¿por qué ahora
vienes
con tus sordas palabras a hostigarme?
¿La suerte echada está... Pues bien... Lu-
chemos,
si caigo vencido en el combate,
como un emperador moriré envuelto
en un manto de púrpura y de sangre.
Ay de don Pedro, y ay de la Padilla
a mi destino opónense!... ¡Ya es tarde
para retroceder! ¡Valor, conciencia!
¡Cállate de una vez! ¡Cállate, cállate!...

ESCENA X

Dicho, DON JUAN DE LA CERDA, FERNAN
RUIZ DE CASTRO y RICOS HOMBRES,
que salen por la puerta de la izquierda.

CERDA

(Dando muestras de indignación y dirigiéndose
a Alburquerque.)
¿Cómo se puede tolerar...
esto a los nobles humilla...
Pues no acaban de nombrar
a don Diego de Padilla
gobernador mayor, y a don
Juan García Villajera,
y a otro hermano, campeón
de Navarra en la frontera!

ALBURQUERQUE

(Encarándose con los que entran.)

¿Qué orgullo podéis tener
cuando os resignáis a ser
esclavos de la Padilla?
¿Para qué esas enojadas
plumas y esos tahalies,
tantas divisas bordadas
en las bandas carmeses,
y tantos áureos aceros,
cuando os imponen sus leyes.
Como a miseros pecheros,
as mancebas de los reyes?
¿Por qué era la Guzmán,
y hoy tenéis a la Padilla...
¿A quién serviréis mañana,
ricos homes de Castilla?
¿A aquellos nobles varones,
orgullo y prez de esta tierra,
que fueron como leones
invencibles en la guerra;
los que se hicieron temer
a los monarcas más fieros,

hoy lamen, como corderos,
las plantas de una mujer.
Degeneró la semilla...

¡No parece sino que
el honor por siempre fué
desterrado de Castilla!

ESCENA XI

Dichos, DON PEDRO, DIEGO DE PADILLA,
BELTRAN y ballesteros.

PEDRO

(Descorriendo violentamente el tapiz de la iz-
quierda.)

Don Juan Alfonso, más tiempo
poned en el platicar,
porque pudiera faltar
a vuestros labios aliento.

¡Si seguís hablando en mengua
del orgullo castellano...
no ha de faltar una mano
que os sepa arrancar la lengua!

(Los nobles retroceden sorprendidos.)

ALBURQUERQUE

¡Don Pedro!

PEDRO

No os disculpéis,

que vuestras disculpas son
máscaras de la traición...

¡Traidores! Porque tenéis
feudos, armas y caballos
¿pensáis imponerme leyes?...

¡Las leyes las dan los reyes,
y las cumplen los vasallos!

(A Alburquerque.)

¡Vos, portugués, que vinisteis
a estos reinos desterrado,
si bien ayer me servisteis,
yo mejor os he pagado!

Os nombré mi consejero,
y fuisteis, pese a la ley,
después del rey, el primero,
y a veces, antes que el rey.
Dadme aquel sello que os di;
y dad gracias a la suerte,
que tras de oír lo que oí
no selle con él aquí
vuestra sentencia de muerte.

ALBURQUERQUE

(Entregándole el sello.)

Algo os dijera en mi abono.
¡Mas recordad solamente
que ha encanecido mi frente
defendiendo vuestro trono!

PEDRO

¡Que esto os valga a Dios le plugo,
porque si eso no os valiera,
rodar vuestra testa hiciera
la justicia del verdugo!

(A don Juan de la Cerda.)

¡Maestre de Calatrava,
entregad vuestra cuchilla

vuestra venera y la clava
a don Diego de Padilla!

CERDA

(Entregándola.)

¡Señor, mi clava aquí está;
y mi honor no se querrela
de verse privado de ella...
sino de ver dónde va!

PEDRO

Y porque no vuelva a oír
críticas en mis estados,
vais, sin armas, a salir
de Castilla desterrados.

DIEGO

(Acercándose a don Juan Alfonso de Albur-
querque.)

Dadme la espada, os lo ruego...

ALBURQUERQUE

Diego de Padilla... ¡atrás!
Sólo a mi rey se la entrego;
mas a tus manos... ¡jamás!
Tocándola la desdoras...

Está su acero mellado
de segar gargantas moras
a la orilla del Salado...

¡Y en Algeciras, mi mano
desnudóla, la primera,
al frente de la bandera
de mi joven soberano!

(La desenvaina y se la presenta a don Pedro.)

Tomadla, don Pedro, pues
espada como la mía
jamás, señor, rendiría
si no fuese a vuestros pies.

(Viendo que el rey no la toma, intenta romperla.)

Por más que romperla quiero,
no se rompe... ¡Contemplad!...
¡Pues lo mismo que su acero
es, don Pedro, mi lealtad!

PEDRO

Mi justicia no os perdona,
porque con vuestras razones
mentís de vuestras acciones...
La lealtad que se pregona
más que lealtad es agravio,
y más que agravio es traición...
¡Lealtad que vive en el labio
ha muerto en el corazón!

CASTRO

Don Pedro, pagar así
no es justo tan noble celo...

PEDRO

¿Quién sois, Fernán, vive el cielo,
para interrumpirme a mí?

CASTRO

Señor, vuestras iras templo...

PEDRO

¡Pues he de hacer, vive Dios,
un escarmiento con vos
para que sirva de ejemplo!

Prended, don Diego, a los tres,
y en cadena, cual trahilla,
a Triana llevados, pues
quiero que mire Sevilla
y sepa Castilla entera
con este caso ejemplar,
la cólera justiciera
de un rey que quiere reinar!

(Don Diego de Padilla y algunos ballesteros
prenden a los tres en el momento que aparece
doña María de Padilla, seguida de Mencía, da-
mas y pajes.)

ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARIA DE PADILLA, MEN-
CIA, damas y pajes.

MARIA

¿Preso don Alfonso y preso
don Juan?

(Al rey.)

Decidme, señor,
os lo suplico: ¿qué es éso?
¿Qué causa vuestro rigor?
Mas no, no quiero saber,
señor, las justas razones
que os obligan a prender
a tan nobles infanzones.
Sólo os pido su perdón,
que si es noble castigar,
para un regio corazón
es más noble perdonar.

(Se arrodilla ante el rey. Momentos de expectación.)

¡Su perdón mi labio implora,
y postrada me veréis,
hasta que no les dejéis
libres!...

PEDRO

(Duda un momento; luego le tiende la mano
y la levanta.)

¡Levantad, señora,
que nada os puedo negar!
¡Libres sois, para poder

(A los presos.)

enseñaros a admirar
la virtud de esta mujer!

(Algunos pajes y don Diego de Padilla des-
encadenan a don Juan Alfonso de Alburquerque
y a don Juan de la Cerda, olvidando a Fernán
Ruiz de Castro.)

MARIA

(Reparando el olvido y acercándose a Fernán.)

¡Dejad que os quite mi mano
cadena que os oprimió,
pues si os la puso mi hermano
justo es que os la quite yo!

CASTRO

¡La vida preso pasara
porque una mano tan buena
por mi no se molestara
al quitarme la cadena!

PEDRO

(Acercándose y quitándole la cadena.)

¡Sois galán; mi propia mano

la fineza va a pagar;
que si os la puso su hermano
el rey os la va a quitar!

CASTRO

Mi labio se torna mudo
porque el goce me enajena...
¡Desde ahora, esta cadena
será el florón de mi escudo!

CERDA

¡Mil gracias, doña María!

PEDRO

Preparad todos, señores:

(A los nobles.)

corceles, armas y azores,
pues vamos de ceterería.

(Todos se inclinan y van saliendo por el foro.)

CASTRO

(A doña María, al salir.)

¡Mi vida está a vuestros pies!...
Y ahora que sepa Sevilla
todo lo noble que es
doña María Padilla.

ESCENA XIII

DON PEDRO y DOÑA MARIA

MARIA

¡Gracias, señor!

(Tendiéndole los brazos.)

PEDRO

¡Doña María!

Por fin que puedo reposar
entre tus brazos como un niño
en el regazo maternal.

(Se sientan en un diván morisco cerca de la ventana.)

Como el que torna de un combate,
ensangrentado, y en su hogar
se arranca el férreo coselete,
el casco, el peto, el espaldar,
a tu presencia me despojo
de todo anhelo terrenal,
para poder, libre de trabas,
el aire puro respirar.

¿Que la traición, como una sombra,
sigue mis pasos sin cesar?

¿Que el odio azuza sus mastines
mientras afila su puñal?

¿Que el crimen puede nuestra copa
con su veneno empozoñar?

¿Que la venganza nos acecha
en la nocturna obscuridad,

acurrucada en los tapices
de nuestra cámara real?

¡Nada me importa, mientras pueda
en tus pupilas contemplar
todos los sueños de la vida,
como un desfile triunfal,
de áureas galerías victoriosas
sobre la gloria azul del mar!
¡Amor! ¡Amor! Toca mis venas...

¡Quieren romperse y estallar
para envolverte con su sangre
en una clámide imperial!

MARIA

¡Bebo mi amor en tus palabras
una embriaguez de eternidad!
¡Mis pies no todan en la tierra;
mi alma y mi cuerpo se me van,
cual si en sus ráfagas bravías
me arrebatare el huracán!

¿Cómo pagar tanta ternura?

¿Cómo, mi amor, tu amor pagar?

Quisiera ser entre tus labios
como las mieles de un panal;
sobre la copa de tus manos,
agua mas clara que el cristal;
bajo tus pies, yerba olorosa,
para poderte perfumar...

¡Sea tuya, tuya, siempre tuya!
Vivir tan juntos, como están,
los labios de una misma boca,
las perlas de un mismo collar...

Y ser tu sombra... Por la vida

tras de su cuerpo caminar;

y cuando duermas bajo tierra

en el sepulcro, vigilar

tu sueño último, de hinojos

sobre tu piedra tumular,

el índice puesto en el labio,

bañada en lágrimas la faz,

¡Como si fuese la callada

imagen de la Eternidad!

(La voz del juglar cantando en el jardín.)

JUGLAR

Rosal que otoño deshoja

vuelve en mayo a florecer...

¡Rosal de la juventud

sólo florece una vez!

Al deshojarse las rosas

los ruiseñores se van;

mas vuelven con los rosales

en primavera a cantar...

¡Goza el amor, que el amor,

si se va, no vuelve más!

PEDRO

(Levantándose.)

¿Qué voz, señora, está cantando

en el jardín?

MARIA

Es el juglar

que llegó ayer de la Provenza.

(Como recordando de pronto.)

(¡Ah, don Fadrique!)

PEDRO

(Atrayéndola.)

¡Qué cantar

más dulce!... Sigue, sigue hablándome,

porque tu voz me agrada más.

MARIA

(Acercándosele de nuevo y tomándole la mano.)
Señor, señor, como recuerdo

de este momento, ¿me darás
lo que te pida?

PEDRO

¡Todo es tuyo!

¿Qué cosa tuya no será?

¿Quieres acaso los tesoros

que guardo en mi arcón real?

¿Aquel anillo de esmeraldas

con el que puedes encantar

a las serpientes?... En corderos

a los leones trocarás.

¿Quieres el broche de topacios

que me trajeron de Bagdad,

que le da al pecho en que fulgura

la paz y la felicidad?

¿Quieres las perlas orientales

de aquel riquísimo collar,

que al desposarse dió a mi madre

mi abuelo, el rey de Portugal,

perlas que son, doña María,

ejemplos de fidelidad,

porque si enferma quien las lleva

ellas enferman a la par?

MARIA

Señor, no quiero los tesoros

que guardas en tu arcón real...

Sólo te pido que libertes

de su prisión a la Guzmán.

PEDRO

(Con indiferencia.)

Es un regalo que a mi madre

hice, lo mismo que se da

a un niño un pájaro, un juguete,

para que pueda malgastar

con él las horas y no venga

nuestra atención a importunar.

MARIA

(Con intención.)

Mas ved que el niño puede al pájaro

entre su mano estrangular...

En la prisión se muere pronto...

El hacha puede hacer saltar

sangre, que vaya el regio armiño

de vuestra túnica a manchar...

PEDRO

¿Mas es posible que se atrevan

en contra de mi voluntad?

Mi madre... ¿acaso?

(La Padilla hace un gesto afirmativo.)

MARIA

¡Nadie, nadie,

a la Guzmán a de tocar!

¡Tengo el furor de los leones,

más no el instinto del chacal!

MARIA

(Postrándose.)

Pues bien, señor, firma al instante

la orden de su libertad...

De los perdones es la hora...

Da tu perdón a la Guzmán...

¡Es el regalo que te pido!

PEDRO

¡Oh, mi ángel bueno! ¡Alza!... ¡Beltrán!
(Llamando.)

El traerá el pliego...

(Levanta a doña María. Beltrán aparece por la izquierda.)

MARIA

(Abrazándole.)

¡Gracias, gracias!

PEDRO

¿Qué fuera yo sin tu bondad?

(Se va, seguido de Beltrán, por la izquierda.)

ESCENA XIV

DOÑA MARIA y MENCIA

MARIA

(Llamando a la primera puerta de la derecha.)

¡Mencia!

MENCIA

¡Señora!

MARIA

¿Dónde

está don Fadrique?

MENCIA

Allá,

en el jardín, escuchando

con las damas al juglar...

¡Y un alma en pena parece

según lo triste que está!

MARIA

Yo misma voy a llevarle

noticia que ha de alegrar

su corazón dolorido...

(La reina, que va a salir por el segundo término de la derecha, se detiene al ver a doña María y escucha.)

MENCIA

¿Qué es ello?

MARIA

Firmando está

el rey, de doña Leonor,

su madre, la libertad...

(Se van por el foro.)

ESCENA XV

LA REINA

REINA

(Con gozo, viéndolas salir.)

¡Inútil será ya!... ¡Doña María,

tarde acudiste para libertarla!

La vida tiene pies: camina torpe;

pero la muerte vuela: ¡tiene alas!

Partió ya mi escudero a Talavera...

Rodará su cabeza... ¡Y cuando vayan

a darle libertad, será un cadáver

lo único libre que a la tumba salga!

ESCENA XVI

LA REINA y BELTRAN, que aparece en el primer término de la izquierda con un pliego en la mano.

BELTRAN

Doña María... Este pliego

el rey para vos me manda.

REINA
Dámelo...
BELTRAN (Sorprendido.)
No sé, señora,
si es para vos... Yo pensaba...

REINA (Interrumpiéndole.)
¿Que era para la Padilla?
Pues es para mí... Te engañas.
BELTRAN (Inclinándose.)

Vuestra alteza me perdone;
mas como las dos se llaman
lo mismo, y el rey tan sólo
me dijo que lo entregara
a doña María...

REINA (Imperativa.)
¡Venga!
BELTRAN (Dándoselo.)
Perdonad esta ignorancia...
Y si vos me dais licencia,
me voy con el rey de caza.
(Sale por la derecha.)

ESCENA XVII

LA REINA Y DOÑA MARIA

(Mientras la reina lee ávidamente el pliego,
aparece por el foro la Padilla. Sorprendida, la
reina, oculta el pliego.)

MARIA
Su alteza me perdona... Mas venía...
REINA (Triunfalmente.)
Tarde llegaste... Lo que aquí buscabas
está ya en mi poder. ¡Mira este pliego!...
(Se lo muestra.)

MARIA
¡Señora, por piedad!
REINA
¡Ah!... ¿Tú pensabas
—¡miserable de ti!—poner un freno
con tu imbécil piedad a mi venganza?

MARIA (Suplicante.)
Señora, dadme el pliego... ¡Pronto!...
¡Es mío!

REINA
¿Cuando hace poco con el rey hablabas,
a galope un corcel pasar no oíste
al pie de esa ventana?
Un pliego a Talavera conducía...

MARIA
(Como si le agitate de pronto una idea terrible.)
¡No lo quiero pensar! ¡Señora, basta!...
REINA
¡Pero en vez de la vida, en ese pliego,
galopando veloz, la muerte marcha!...
(Se oven trompas lejanas de caza.)

MARIA
¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No cabe
en corazón humano tanta infamia!...
¡Dadme ese pliego! ¡Pronto, os lo supli-
[co,
a vuestros pies, señora, arrodillada!...

REINA
¡No será! ¡No será!
MARIA
¡Pediré amparo!
REINA
¡Cállate! ¡Cállate! ¿Para qué llamas
si nadie ha de acudir? ¿No oyes las trom-
[pas?
¡Nuestro rey y señor se va de caza!
¡No la podrás salvar!...

MARIA
¡Dadme ese pliego!
¡Dadme ese pliego!
REINA
¡No!
MARIA
¡Socorro!
REINA (Sujetándola por el cuello.)
¡Calla!

La Guzmán morirá...

MARIA
¡Mas esa sangre
la noble frente de don Pedro mancha!...
¡Mas no, no puedè ser... dadme ese
[pliego!

(Se desprende violentamente de la reina y se
alza amenazante.)
REINA
¡Con qué fiera altivez me lo reclamas!
MARIA
¡Señora, por piedad!

REINA (Con sarcasmo.)
¡Cómo defienden
la presa de su amor las cortesanas!
¿Temes que lo que hoy hago yo con ella
mañana haga contigo doña Blanca?

MARIA
¡Señora, por piedad!... ¡Mirad mi llanto!
REINA
La Guzmán morirá...

MARIA (Loca de dolor.)
Mi pecho estalla...
Y ya no puedo más... ¡Dadme ese plie-
[go,
o yo misma os lo arranco!

(Avanza hacia la reina.)
REINA (Retrocediendo hacia la ventana.)
¡Calla! ¡Calla!
¿Te atreverás? ¿Te atreverás?

MARIA (Avanzando con energía.)
¡A todo,
antes de consentir tan torpe hazaña!
(La reina rasga el pliego y lo arroja por la ven-
tana. Después se vuelve, altiva, hacia doña
María.)

REINA
Ahora díselo al rey... ¡Cuando él lo sepa
ya se habrá consumado mi venganza!

MARIA (Retrocediendo espantada.)
¡Maldición sobre ti, reina maldita!
¡Maldición sobre ti! ¡Sobre ti caiga,
como lluvia de fuego inextinguible,
esa sangre inocente que derramas!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Anochece.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUER-
QUE, DON JUAN DE LA CERDA, PERO
LOPEZ DE AYALA, ALVARO DE ZUNIGA,
SANCHO FERNANDEZ DE TORO y con-
jurados.

ALBURQUERQUE
Señores, los grandes males
exigen grandes remedios,
y hay que cortar por lo sano
si hemos de salvar al reino,
que no hay médicos que dejen,
por librar un solo miembro
gangrenado, que por él
se gangrene todo el cuerpo.

CERDA
Nadie aquí tiene segura
la cabeza sobre el cuello,
porque no respetan nada
las furias del rey don Pedro.
Cayó Garcilaso en Burgos,
cayó en Aguilar mi suegro:
Coronel; Núñez de Prado
también a traición ha muerto...

ALBURQUERQUE
¡Y lo que es él para todos
en mí tenéis el ejemplo!
Me quitó el sello real;
desatendió mis consejos,
y me temo que mañana,
vengativo, sin respeto
a mis servicios, me mande
al cadalso o al destierro.
En vano, en vano he querido
poner a sus furias freno,
uniéndole a la princesa
de Borbón. Tal casamiento
en vez de evitar los males
ha creado males nuevos
porque ha sido cual si uniesen
a un lobo con un cordero.
La misma noche de bodas,
desatendiendo los ruegos
de su madre, a doña Blanca
la dejó sola en el lecho,

para en Montalván reunirse
con la Padilla de nuevo.

LOPEZ
¡La Padilla!... ¡Esa es la causa
de los males de estos reinos!
Ella nos rige, y Castilla
es de su familia un feudo.

CERDA
Todos que vengar en ella
algún agravio tenemos.
Yo, por mi parte, el maestrazgo
de Calatrava, que siendo
de don Juan Núñez, mi tío,
el rey se lo dió a don Diego
Padilla...

SANCHO
También a mí,
para dársele a otro deudo
de doña María, el cargo
me quitaron de frontero
de Portugal...

ALVARO
¡Por su culpa
mi padre murió en destierro,
sin que la tierra sagrada
que reconquistó su acero
para la enseña de Cristo,
pudiese cubrir sus huesos!...

LOPEZ
Por causa de la Padilla
el rey corre loco y ciego
al abismo...

ALBURQUERQUE
Hasta su madre
a nuestro lado se ha puesto.
Los infantes de Aragón
también son del bando nuestro,
y todos los ricos homes...

LOPEZ
Y hasta los bastardos, menos
don Fadrique, que aun vacila,
calientes los nobles restos
de doña Leonor, su madre,
—que, como todos sabemos,
en Talavera fué muerta,—

sus rencores han depuesto,
y en torno a la reina madre
también se agrupan, tendiendo
su mano a la ensangrentada
mano que les dejó huérfanos.

ALVARO

Vive Dios, que yo en su caso
otra cosa hubiera hecho!
A quien matase a mi madre
no tocara, ¡vive el cielo!,
mi mano, si antes que ella
no le tocase mi acero!

ALBURQUERQUE

Francia nos dará su apoyo,
Aragón nos presta aliento,
y Portugal y Navarra...
Y hasta el pontífice ha puesto,
señores, en entredicho
la corona de don Pedro,
si no deja a la Padilla
y pacífica estos reinos,
uniéndose a doña Blanca,
su regia esposa, de nuevo.

ALVARO

Poco el pontífice fuera,
y Francia y el mundo entero
si a su lado el rey tuviese
la nobleza de estos reinos,
que la tierra castellana
sienta mal al extranjero
porque en sus senos encierra
mucho ardor y mucho hierro.

ALBURQUERQUE

¡Hay que separarlos pronto!
Esta noche... Aprovechemos
la ocasión, porque mañana
será inútil nuestro empeño.
El rey, con todos los suyos,
se fué a cazar. Pues a tiempo
que él caza garzas, nosotros
su paloma cazaremos,
y teniendo la paloma
el palomo será nuestro...
A Medina, donde esperan
las reinas, la llevaremos,
y allí prisionera muere
o profesa en un convento...

LOPEZ

Desde Sevilla a Medina
asegurados tenemos
los caminos por las gentes
de Trastámara...

ALBURQUERQUE

Aquí, dentro
de palacio, ausente el rey,
somos los únicos dueños...

CERDA

Y el oro todas las puertas
de la ciudad nos ha abierto.

SANCHO

¿Mas si don Fadrique llega
a sospechar?...

LOPEZ

No haya miedo
del maestre. Esta mañana
despidióse de don Pedro.
Para tornar a Llerena
todo lo tiene dispuesto...
¡Antes que salga la luna
ha de emprender el regreso!

ALBURQUERQUE

Al sonar las oraciones
en el próximo convento,
a robar a la Padilla
enmascarados vendremos
todos aquí, que este patio
conduce a sus aposentos.
Yo respondo de la guardia
del alcázar... Hasta luego.

SANCHO

El cielo os guarde, Alburquerque.

ALBURQUERQUE

¡Señores, guardéos el cielo!

(Salen los caballeros por el primer término a
la izquierda.)

ESCENA II

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE
Y PERO LOPEZ DE AYALA.

LOPEZ

Pero señor, ¿qué os dijo
la reina doña María?

ALBURQUERQUE

Que aun en contra de su hijo
nuestro plan apoyaría,
porque a sufrir se subleva
su alma generosa y brava
el yugo de esa manceba
que hizo a Castilla su esclava.

LOPEZ

Mas, ¿su hijo?

ALBURQUERQUE

Desprendido
del yugo de esa mujer,
volverá don Pedro a ser
esclavo de su valido.
Y si en su fiera arrogancia
se opone a cuanto ambiciono,
no le arriendo la ganancia
ni a don Pedro ni a su trono.
Un niño don Pedro era
cuando su padre murió.
En bandos Castilla entera
contra él se levantó.
Noble con exceso fui,
que el cetro que se caía
de su mano, ¡pese a mí!,
le sostuve con la mía.
Mas probarle quiero yo,
por su ingratitud cruel,

que el que al trono le subió
es capaz de echarle de él.

LOPEZ

Mas, ¿quién en esta nación
ha de reinar?

ALBURQUERQUE

¡Voto a tal!
Don Pedro de Portugal,
don Fernando de Aragón,
Enrique de Trastámara...
Cualesquiera de ellos, pues,
cualesquiera de los tres
tiene firme el brazo para
regir el reino...

LOPEZ

¿Mas vos?

ALBURQUERQUE

Nunca de ello presumí,
que es un reino, ¡vive Dios!,
poca cosa para mí.
Pues no anhela mi esperanza
más premio ni galardón
que un cetro: mi férrea lanza,
y un trono: mi duro arzón.
Y mientras pueda blandir
la lanza, Ayala, mis leyes
haré a lanzazos cumplir
a los más altivos reyes.

LOPEZ

Mas yo quiero que me explique
vuestro ingenio cómo es
posible que don Enrique
esté con nosotros, ¡pues
la reina madre dió muerte
a la suya!...

ALBURQUERQUE

¡No hay razón,
que acalla al odio más fuerte
el grito de la ambición!
Mas nunca vuestra imprudencia
de ese crimen vuelva a hablar,
porque tornan a sangrar
heridas en mi conciencia...
Mas basta de reflexiones;
vuestros planes ultimemos,
y aquí por ella vendremos
al sonar las oraciones.

(Salen por la izquierda.)

ESCENA III

DON FADRIQUE Y FERNAN DE CASTRO,
que aparecen por el fondo.

CASTRO

¿Qué pena os ha encadenado?
¿Qué cólera os estremece
que vuestro rostro parece
el rostro de un condenado?

FADRIQUE

¿Cómo no he de estarlo, di,
si llevo—¡oh, suplicio eterno!—

todo el fuego del infierno
ardiendo dentro de mí?
¡Antes cegara que ver
aquellos ojos que son
causa de mi perdición
y mi eterno padecer!
Ojos claros, ojos claros,
azules como el zafiro,
¿cómo poder olvidaros,
si me matáis al miraros
y muero cuando no os miro?
De vosotros me alejé
creyendo el mal evitar;
pero todo inútil fué,
pues vivo pensando en que
pronto os volveré a mirar.

¡Mas no, que aun antes que vea
mi cerviz doblada al yugo,
he de hacer que mi amor sea
de mi propio amor verdugo!...
Como la muy casta dama,
la de las manos crueles,
gloria de los Coroneles
y admiración de la fama,
la que con su propio fuego
quiso vencer sus hogueras
yo he de hacer, amor, que luego
en tu propio fuego mueras.
Si mis ojos han de ser
llamas que te han de avivar,
yo haré mis ojos quemar
para no volverte a ver.

CASTRO

¿Vos que habéis siempre, señor,
al amor esclavizado,
cómo os habéis transformado
en esclavo del amor?

FADRIQUE

De sus flechas me rei;
me burlé de sus celadas;
mas de las burlas pasadas
¡qué bien se venga hoy de mí!

CASTRO

Mas no temed a su estrago,
que la dama más altiva
será feliz si es cautiva
del maestre de Santiago.

FADRIQUE

¡No! Que en impetus fatales
mi amor se fué a remontar
donde no pueden llegar
ni las águilas caudales.
Y si algún día pudiera
abrigar una esperanza,
es tal mi desventuranza
que amor, de miedo, muriera.
Desde que mi alma la vió
¡ay, Fernán Castro, no sé
si ella en mi alma se entró,
o a ella mi alma se fué!

Pero ya no puedo más...
Oye mis secretos, pues
mi desgracia llorarás
cuando conozca quién es
la causa de esta pasión
que apagar intento en vano...
la esposa del rey mi hermano ..
¡Doña Blanca de Borbón!

CASTRO
(Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Doña Blanca!... ¡Qué locura!

FADRIQUE
¡Ve si mi suerte es horrible,
pues he puesto mi ventura
más allá de lo imposible!
Ya sabes que fui a Narbona
para traerla a Castilla,
a compartir la corona
con don Pedro... De Sevilla
salí—¡nunca tal hiciera!—
anhelando en mi furor
vengar a doña Leonor,
recién muerta en Talavera.
En Narbona la encontré...
Mas, ¡ay!, que apenas la vi
yo no sé lo que sentí
que sin habla me quedé;
huyó el color de mi cara,
y se doblaron mis dos
rodillas, cual si me hallara
a la presencia de Dios...
¡Y desde entonces, fatal,
este amor desesperado
llevo en el pecho clavado
como si fuera un puñal!
Como curarme no espero,
de arrancármelo no trato,
pues si lo arranco me mato,
y si lo dejo me muero.
¡Y puesto que he de morir,
en mi desesperación,
prefiero al fin sucumbir
con él en el corazón!

CASTRO
Huid de ella, porque bien
dice el sentir de la gente:
«Cuando los ojos no ven
el pecho, señor, no siente.»

FADRIQUE
Su amor conmigo concluye.
Como mi sombra me sigue;
y si la persigo, huye,
y si huyo, me persigue.
Para mis cuitas finir,
al rey le vine a pedir
su licencia para ir
a la frontera, a lidiar
con las huestes agarenas...
¡Bendito el dardo, el lanzón
que al pasarme el corazón

me liberte de estas penas!
¡Para ver si de esta suerte,
luchando logro olvidar
amor que me ha de matar,
si ya no me dió la muerte!

CASTRO
Mas la reina ¿os ha alentado?

FADRIQUE
No sé... ni saberlo quiero...
Sólo sé que enamorado
de ella estoy, y amando muero...

ESCENA IV

Dichos y UN PAJE, que penetra por la izquierda

PAJE
Para la marcha, señor,
todos están preparados;
y a la puerta, de impaciencia,
relincha vuestro caballo.

FADRIQUE
(Al paje.)
Vamos pronto.

A la Padilla
ve y dile en mi nombre, Carlos,
que para partir, tan sólo
despedirme de ella aguardo
(El paje entra por la primera puerta de la derecha.)
Le debo a doña María
gratitud. Prestóle amparo
a mi madre, y generosa
su vida hubiera salvado
sin la traición de la reina,
y si se presenta el caso
ya verá doña María
como con creces la pago,
que olvidar deudas de honor
no es propio de hombres honrados.

ESCENA V

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCIA
DE SOTOMAYOR, que aparecen por la derecha

PAJE
Aquí está doña María.
(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan.)

MARIA
¿El maestro de Santiago
se va a Llerena de nuevo?

FADRIQUE
Tan sólo estoy esperando,
para partir, que a besar
me déis, señora, las manos,
pues la gratitud que os debo
ya que no puedo pagaros
con mi vida; dejad que
os la pague con los labios.
(Se inclina y le besa las manos.)

MARIA
No me recordéis memorias

que olvidar debemos ambos;
hice por vos cuanto pude...
Y sabed que, en todo caso,
puede conmigo contar
el maestro de Santiago.

FADRIQUE
Y yo la existencia entera
os diese, señora, en cambio,
y aun la vida es poco para
lo que os estoy obligado.
¡Adiós, señora! ¡Sabed
que en mí tenéis un esclavo!
Y si alguna vez—en estos
tiempos porque atravesamos
todo en lo posible cabe—
necesitáis el amparo
de un brazo y un corazón,
si os pueden servir en algo,
aquí, señora, tenéis
mi corazón y mi brazo!
(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan
y salen por la izquierda seguidos del paje.)

ESCENA VI

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCIA
DE SOTOMAYOR

JUANA
¡Pálida estáis, dueña mía!
No parece sino que
con la claridad del día
vuestra claridad se fué.

MARIA
Don Pedro cazando está
y sin él vivir no puedo.
Es sol que vida me da,
y cuando mi sol se va
yo no sé cómo me quedo.
Corro de acá para allí,
con mi soledad batallo,
y en mi ciego frenesí
busco algo que no hallo
ni en mí ni fuera de mí,
pues tras su recuerdo fiel
vaga aturrido mi amor,
dando aullidos de dolor,
igual que un ciego lebré
en busca de su señor.
Mi corazón se subleva
cuando pienso en su partida...
¿Cómo no quedar dolida,
cuando en sus manos se lleva
como un anillo mi vida?
¡Vida que tan suya es,
que si de ella se cansara
yo mismo la deshojara
como una flor a sus pies!

ESCENA VII

Dichos y MENCIA, con un laúd en la mano;
LIRRACA, ALFONSO CARRELLO, ISABEL
y damas, que entran por la verja del jardín.

MENCIA
(Acercándose a doña María.)

Aquí el laúd. El laúd
de aquel joven trovador
que, prendado de la reina
doña Juana de Aragón,
le hallaron una mañana
muerto al pie de un torreón,
con un venablo clavado
en mitad del corazón.
Tiene las cuerdas de plata...
¡Señora, pulsadlo vos,
que sólo pulsarlo deben
manos que sepan de amor!

JUANA
Cantadnos, doña María,
alguna nueva canción,
que los cantares y el vino
hermanos gemelos son,
pues ambos dicen que espantan
las penas del corazón.

MENCIA
¿Os acordáis de la trova
a Sevilla, que, al fulgor
de la luna sobre el río,
en vuestra barca cantó
aquel remero de Gelves
con lágrimas en la voz?
Era una noche de mayo...
Don Pedro estaba con vos,
apenas convaleciente
de su mal. Bajo el blancor
del plenilunio, la barca
se deslizaba veloz,
como perdida en un sueño
de blancos lirios en flor.
¿Os acordáis? En el aire
se respiraba el olor
de las riberas floridas
de azahares... Se extinguió
como un perfume en el viento
el eco de la canción...
¡Recitad aquella trova,
que quiero aprenderla yo!

ISABEL
¡Recitadla!
LIRRACA
¡Recitadla!

JUANA
¡Siquiera por el amor
de esa ciudad que os adora
igual que se adora a Dios!
MARIA
(Acompañándose del laúd.)
Eres, Sevilla, igual que una
sultana pálida de amor,

que encanta un rayo de la luna sobre un morisco mirador. Tu regia pompa se retrata bajo tus cielos de zafir, como en espejos de oro y plata en el azul Guadalquivir. Tu nombre, dulce de cantar, glorioso como el del laurel, huele a jazmines y a azahar, suena a laúd y sabe a miel. Mansión de encantos hecha para, sin voluntad, morir de amor como flor que deshojara el salpicar de un surtidor.

Los ojos que una vez te ven siempre contigo han de soñar, y ni en la gloria del Edén podrán tus glorias olvidar. Aureo joyel de Andalucía, otra ciudad cual tú no existe, pues es, Sevilla, la alegría la regia pompa que te viste. ¡Córdoba tiene su mezcquita, Jaén su altiva catedral... Sevilla nada necesita, porque Sevilla tiene más! Cielos más claros que ninguna, noches más limpidas y bellas... Aquí es más fúlgida la luna y más brillantes las estrellas. Tu juventud, ebria de amores y sol, no sabe lo que es frío... En ti no nievan sino flores y llueven perlas de rocío. Ciudad formada para el sueño más bello del amor, tienes la sangre del clavel y el corazón del ruiseñor... ¡Ciudad formada para el sueño más bello del amor! (Pequeña pausa. En el jardín aparece la luna.)

JUANA

Todo el alma de Sevilla, igual que un ramo de azahar sobre el seno de una novia perfuma en ese cantar. (Resuena un estruendo de tropas de guerra en el foro.)

MARIA

Esas trompetas, ¿qué son? (Alarmada.)

JUANA

(Corriendo al ajimez de la izquierda.) Don Fadrique que se va a Llerena con los suyos.

URRACA

(Desde el fondo.) ¡Venid, señora, y mirad cómo atraviesan sus huestes las calles de la ciudad!

ISABEL

(Desde el jardín.) ¡Qué gallardo va el maestro cabalgando en su alazán!

JUANA

Desde el jardín los veremos.

URRACA

¡Venid, señora, y mirad!

(Doña María y las damas se dirigen al jardín entre el clamor de las trompetas. Al ir a salir Mencía la detiene Beltrán, que entra rápidamente por la izquierda.)

ESCENA VIII

BELTRAN y MENCIA

MENCIA

¡Siempre os encuentro a mi lado! ¿El rey, acaso, Beltrán, para honrarme, os ha nombrado mi guardián? ¡Vuestra terquedad me asombra! ¿Cuándo libre me veré?

BELTRAN

Quando os deje vuestra sombra, yo, señora, os dejaré.

MENCIA

Siempre que hablo me contesta, como un eco dolorido, vuestra voz torpe y molesta... ¿Cuándo dejará mi oído de escuchar las tristes quejas de vuestros locos amores?

BELTRAN

Quando dejen las abejas de buscar miel en las flores.

MENCIA

En vano vuestra porfía... ¡Dejadme ya, señor paje!

BELTRAN

No puedo, doña Mencía, que traigo un doble mensaje. (Mencía intenta escapar. Beltrán la detiene.) Escuchad... El rey lo ordena.

MENCIA

Si me niego a obedecer, decid, Beltrán, ¿qué condena el rey me puede imponer?

BELTRAN

Su justicia es vengadora con la traición... ¿Ya sabéis?... Que os den mil besos, señora, donde vos mejor gustéis; pues generoso en su pecho, y a los reos de traición suele dejar un derecho: el derecho de elección...

MENCIA

Mil besos... ¡Ay, qué insolencia!

BELTRAN

Y estos mis labios serán

los dos verdugos que harán en vos firme la sentencia.

MENCIA

¿Y si a cumplirla me niego?

BELTRAN

Mis brazos serán prisión... ¡Y os quemaréis en el fuego dentro de mi corazón!

MENCIA

Por no sufrir tal ultraje os oigo. Como es de ley decid el doble mensaje... Pero primero el del rey...

BELTRAN

Ya sabéis, doña Mencía, que, como mozo galán, gusta de la cetrería... Sobre un soberbio alazán, todo enjaezado de oro y perlas, que le envié desde Granada el rey moro, esta mañana salí con otros nobles señores, de Sevilla, la leal, a probar unos azores llegados de Portugal. Y como soy su halconero favorito, también iba cabalgando en un overo en la regia comitiva. Por esos montes cazando pasamos entero el día: él, en su dueña pensando, y yo en vos, doña Mencía. A su lado me llamó, y en voz baja me ordenó que regresase a Sevilla, galopando a rienda suelta, para dar a la Padilla la noticia de su vuelta. Y encontrar no pudo él un mensajero mejor, ¡que al más cansado corcel alas le presta el amor!

Y ya que os di su mensaje, ahora, señora, escuchad otro que para vos traje... ¡Mis tristes ojos mirad, y ellos os dirán, Mencía, todo lo que el alma siente cual decirlo no podría el labio más elocuente! ¡Miradlos por vos llorar, pues el llanto es el mejor lenguaje para expresar las tristezas del amor!

MENCIA

(Conmovida.) ¡Beltrán, Beltrán, yo no quiero que sufras así, que llores...!

(Contemplando el jardín, donde resuenan risas de las damas.)

Mas mira: aquel limonero está dejando sin flores mi señora... Trae un ramo tan grande, que se dijera que es ella la primera...

BELTRAN

¡Mencía...! ¡Cuánto te amo!

MENCIA

¡Calla, calla, señor paje!... ¿Cuándo al fin te callarás? Se acerca ella, y podrás ahora decirle el mensaje.

(Se dirigen al jardín, donde se ven cruzar a doña María y algunas damas. Por la puerta de la izquierda aparecen Alburquerque y Pero López de Ayala.)

ESCENA IX

ALBURQUERQUE y PERO LOPEZ DE AYALA

ALBURQUERQUE

Alguna noticia urgente Beltrán ha traído. Acabo de verle entrar a galope desempedrando ese patio. Tiró las bridas al cuello y descabalgó de un salto, y aquí se entró tan de prisa que alcanzarle no he logrado.

LOPEZ

(Temeroso.)

¡Si algún traidor a don Pedro le dió la noticia estamos perdidos!

ALBURQUERQUE

¿Por qué temores si armas tenemos y brazos? Y puesto que en esta empresa la cabeza nos jugamos, si a traición nos han vendido, en vez de esperar, temblando como viles mujerzuelas, las cóleras del tirano, esperemos como hombres con las armas en la mano. Retroceder no es posible; todo está ya preparado; prontas las gentes de armas; los corceles enjaezados. Al sonar las oraciones aquí estaremos. En tanto, para que seguir no puedan las huellas de nuestros pasos, desjarretaremos todos los corceles que han quedado en esas caballerizas... Y encerraremos al paso en las cuevas del alcázar palafreneros y esclavos...

LOPEZ

Aquí viene la Padilla
con Beltrán...

ALBURQUERQUE

Ayala; vámonos;

no sospeche de nosotros
al mirar que la espíamos.

(Se van por la izquierda.)

ESCENA X

DOÑA MARIA, DOÑA JUANA, MENCIA,
URRACA, ISABEL, BELLRAN y damas, que
entran por la verja del foro, con grandes ramos de flores.

MARIA

Frescas guirnaldas de rosas
en los arcos colocad;
cubrid de lirios el suelo
y mi cámara adornad
con manojos de claveles
y con ramos de azahar,
que mi amor regresa y gusta
entre flores reposar.

(Algunas damas suspenden guirnaldas de los arcos. Otras penetran con las flores en el aposento de doña María.)

Encended todas las lámparas,
y de las arcas sacad
la veste mejor labrada,
el más soberbio collar,
las joyas más ricas, todo
cuanto me pueda ataviar,
porque le gusta mirarme
ataviada a mi galán.

Cumplid mis órdenes presto...
¿Llegará pronto, Beltrán?

BELTRAN

Tal ansia tiene de veros,
que para presto llegar
alas su misma impaciencia
a su corcel prestará.

MENCIA

(Saliendo de la estancia de doña María.)

Señora, el rey ha llegado...

BELTRAN

Aquí le tenemos ya.

(Aparece don Pedro por la estancia de doña María, vestido de caza y con un gerifalte a su puño. Doña María corre hacia él.)

ESCENA XI

Dichos y DON PEDRO

MARIA

¡Don Pedro!

PEDRO

¡Doña María,
felices ojos que van
a verte después de tantas
horas que ciegos están!

(A Beltrán.)

Toma el gerifalte, toma

mis armas y ve, Beltrán,
a la entrada del jardín
a recoger mi alazán,
que fatigado, de tanto
como ha corrido, estará.

MARIA

¡Mi corazón va a romperse
de tanta felicidad!
¿Cómo llegastéis tan pronto?

PEDRO

Un deseo de mirar
tus pupilas, de sentirte
entre mis brazos temblar
me acometió de repente...
Volví rienda a mi alazán...
Nadie sabe mi partida
ni nadie me ha visto entrar...

MARIA

¡Dueñas mías, dueña mías,
marchaos a descansar!
(Salen las damas por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII

DON PEDRO y DOÑA MARIA

MARIA

¿Vendrás fatigado de la cetrería?

PEDRO

Tres leguas por verte corríen una hora...
¿Mas qué son tres leguas, si el amor
[nos guía]

Amor tiene alas, distancias devora...
Con las bridas sueltas, flotantes las
[crines,

sintiendo la espuela sangrar los hijares,
mi corcel volaba por esos jardines
que nievan el suelo con sus azahares.
Un rastro de flores dejó su carrera.

¡Amorosamente temblaban sus ancas,
igual que si en ellas resbalar sintiera
las tibias caricias de tus manos blancas!

MARIA

¡Oh dulces verdades y tiernas mentiras!
¡Qué alegres mis manos en tus manos
[presas]

Se apagan mis ojos si tú no los miras;
se secan mis labios si tú no los besas...
A tu lado todo de gozo florece...
¡Viéndome en tus ojos recobro la calma,
porque al verme en ellos, señor, me pa-
[rece

que miro mi alma dentro de tu alma!

PEDRO

¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas,
[María?

Te vi en una tarde clara como ésta...
También, como ahora, de caza volvía,
galopando solo por esa floresta,
gerifalte al puño y al cinto la espada,
ebrio con la gloria de mis quince abriles,

sueltos a la fresca brisa perfumada
mis rubios y undosos rizos juveniles...
Entre locos sueños, en la maravilla
de la tarde, el alma respiraba entera
el perfume múltiple que exhala Sevilla
que es todo el aroma de la primavera.
Bajo el argentino claro campaneo
que la floreciente tarde armonizaba,
sediento de presas, era mi deseo
como el gerifalte que al puño llevaba.
Refrené mi potro... Revoloteaban
las palomas sobre un alfeizar, María.
Unas en tus manos el trigo picaban
y otra, más traviesa, su pico extendía
buscando tus labios, con su tembloroso
plumaje peinando tu negro cabello...
¡Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,
y sus corvas garras las hundió en su

[cuello!...

¡Y lanzando un grito de horror, dolo-
[rida,

a tus propios senos llevaste la mano,
igual que si en ellos sivities la herida
del amor, que tiene garras de milano!

MARIA

¿Y cómo mi labio reprimir podría
un grito de angustia, si también tu halcón,
al par que apresaba la paloma, hundía
sus garras sangrientas en mi corazón?
Un presentimiento suspiró a mi oído,
con la voz que oímos temblar en un
[sueño:

—¡Tu alma ya no es tuya!... ¡Su dueño
[ha venido!...

¡Y alma y vida, juntas, se las di a mi
[dueño!

Te amo porque eres generoso y fuerte;
porque me subyuga tu altivo mirar;
porque ha encadenado tu orgullo a la
[muerte

y altivo la miras sin pestañear!
Y cuando mis manos tus rizos separan,
de orgullo y de miedo salta el corazón,
y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran
las enmarañadas crines de un león.

¡Reposa en mis brazos! Da todo al ol-
[vido...

¿Qué te importan reinos, cetro ni co-
[rona?...]

¡Con las zarpas prestas y atento el oído,
mi león, tus sueños vela tu leona!

ALBURQUERQUE Vigilad esas puertas...

MARIA

¡Traición, traición!

ALBURQUERQUE

y sois muerta!

ESCENA XIII

Dichos y BELTRAN, que entran por la derecha

BELTRAN

Su Alteza me perdona... mas venía...

PEDRO

¿Qué pasa? Dí, Beltrán, ¿cómo te atreves
a penetrar aquí?

BELTRAN

(Tembloroso.)

Están, don Pedro,

desjarretados todos los corceles
en las caballerizas...

PEDRO

¿Es posible?

Mas, ¿Cómo? Dí, Beltrán...

BELTRAN

¡Venid y vedles!

Hasta vuestro alazán, en este patio,
bañado en sangre y en sudor se muere...

PEDRO

¡Dame un hierro, Beltrán! Vuelvo, Ma-
[ría.

¡Sepamos presto qué misterio es éste!
(Beltrán toma una antorcha y sale con don Pedro por a primera puerta de la derecha. Suenan las oraciones en el convento próximo. Doña María se arroja. Algunas sombras aparecen en el fondo del jardín.)

ESCENA XIV

DOÑA MARIA y conjurados.

MARIA

(Rezando.)

¡Señor, por las afrentas que sufriste,
haz que repose el corazón del triste,
y que sus llagas dolorosas
se conviertan en rosas!...

Señor, por las afrentas que sufriste!
Señor, por el dolor de tu pasión,
unge con la piedad de tu perdón
a los que en brazos del mal gimen,
a la traición y al crimen!...

¡Señor, por el dolor de tu pasión!
¡Señor, por las espinas de tu sien,
por la sangre que corre por tu faz,
da a los ojos el sueño, y da también
al corazón la paz!...

¡Que nadie turbe vuestra gloria!...
[Amén!

(Los conjurados se han ido acercando caudelosamente a doña María. Esta, al levantarse, los contempla y retrocede asustada.)

(En voz baja a los conjurados.)

Mas, ¿qué es esto?

(Gritando.)

¡Silencio! ¡Una palabra

(Amenazandola con un puñal.)

MARIA
ALBURQUERQUE

MARIA

¡Socorro,
¡No gritéis,
o mi puñal os hundo en la garganta!
¡Don Pedro, a mí, don Pedro...!
(Los conjurados arrebatan a doña María.)

ESCENA XV

Dichos y DON PEDRO; BELTRAN y damas. Las damas salen precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y después don Pedro y Beltrán. Todo rapidísimo.

DAMAS
MARIA

¿Qué sucede?
¡Amparadme!

(Gritando por el foro.)

ALBURQUERQUE
DAMAS

¡Ponedle una mordaza!
¡Se la llevan...! ¡Socorro!
(Gritando, mientras los conjurados se llevan a doña María hacia el jardín.)

MARIA
DAMAS
PEDRO

¡A mí, don Pedro!
¡Socorro...! ¡Auxilio...! ¡Comasión...!
(Como locas, gritando.)

¿Qué pasa?
(Apareciendo en la primera puerta de la derecha.)

DAMAS

Se la llevan.
(El rey corre hacia los conjurados, y al ir a escapar por la verja, sujeta del tabardo a López de Ayala. Don Pedro levanta la espada. Pero López de Ayala cae de rodilla...)

LOPEZ
PEDRO
LOPEZ
PEDRO
LOPEZ
PEDRO
LOPEZ

¡Piedad!...
¡Presto! ¿Quién eres?
¡Tened piedad, señor!
(Arrancándole el antifaz.) ¡López de Ayala!
Me arrastró la lealtad... Pensé serviros...
¡Disculpas no me des!... ¡La verdad!... ¡Habla!
Alburquerque y La Cerda se la llevaron a Medina del Campo...

PEDRO

¡Traidor, basta!
(Sacudiéndole violentamente por el brazo.)
¡Puesto que al hombre transformáis en fiera,
la fiera va a rugir... desde este instante,
para saciar mi sed no habrá bastante
sangre, traidores, en Castilla entera!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Galería en el castillo de Medina del Campo. Al fondo, una gran puerta gótica que da a la iglesia. A la izquierda, dos amplios arcos que conducen a las almenas. A la derecha, la puerta de la cámara de doña María de Padilla y un postigo que se supone da a un subterráneo. En el centro de la escena, un alio crucifijo de talla, iluminado por una lámpara de aceite.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE,
DON JUAN DE LA CERDA, DON FERNAN
RUIZ DE CASTRO y Fijosdalgos, conversan-
do en torno de la cruz.

ALBURQUERQUE

Fijosdalgos de Castilla,
fijosdalgos, que jurásteis
por la cruz de vuestro acero
y el honor de vuestra sangre
prestar amparo a las reinas
contra el rey, llegó el instante
en que, matando o muriendo,

vuestra palabra cumpláis,
que abandonar tales damas
en tan peligrosos trances
no es propio de caballeros
que se precien de galanes.
Frente a Medina, don Pedro
piensa sentar sus reales.
Y en su furor ha jurado
no alzarlos, mientras no sacie
su venganza—no en nosotros,
que hombres somos y no en balde
ceñimos cotas y espadas
para morir como tales.

¡sino en la sangre inocente
de su esposa y de su madre!
Y vosotros, fijosdalgos,
si a vuestro honor sois leales,
en tanto que por las venas
corra una gota de sangre
¿permitiréis que se cumplan
juramentos semejantes?

FIJOSDALGOS

(Arrodillándose y extendiendo los brazos
para jurar.)

¡Nosotros también juramos!

ALBURQUERQUE

(Levantándose y señalando las almenas.)

¡Desplegad los estandartes;
enjaezad vuestros corceles,
que antes que la aurora bañe
las torres de este castillo
con sus vivas claridades,
las roncadas trompas de guerra
atronarán esos valles
para salir al encuentro
de las mesnadas reales!

(Los fijosdalgos se inclinan y salen por la ar-
quería de la izquierda.)

ESCENA II

ALBURQUERQUE, LA CERDA, FERNAN
RUIZ DE CASTRO y SANCHO FERNAN-
DEZ DE TORO conversando en el primer
término de la izquierda.

ALBURQUERQUE

¿Qué noticias, campeones,
trajeron de nuestro campo?

SANCHO

La gente de don Enrique
de Toro se ha apoderado;
y los infantes esperan
tomar Burgos por asalto.

CERDA

Y el rey, a nuestro mensaje,
¿qué respondió?...

ALBURQUERQUE

Don Fernando,

repetid a estos señores
cómo cumplisteis mi encargo.

CASTRO

(Un poco desconcertado.)

En servicio de las reinas
llegué ayer tarde a su campo
en la punta de mi lanza
mi blanca toca agitando.
Paré a la tienda del rey,
y las rodillas doblando
quise entregarle los pliegos...
¡mas los rechazó su mano!
Y me dijo, lentamente,
con los dientes rechinando,
cual si sus propias palabras
las desgarrase en los labios:
—No quiero ver esos pliegos,

ni me habléis de ellos, Fernando,
que pliegos de esta ralea
manchan mis reales manos.
Para que de ellos no queden
ni los más ligeros rastros,
a vuestra vista, el verdugo
ahora mismo va a quemarlos,
y aventará para siempre
su ceniza en el espacio.

¡Vos, volved con los rebeldes,
si ahora merced os hago
de la vida, es porque espero
mañana mismo colgaros
de los muros de Medina
sobre el almenar más alto!
Y volviéndome la espalda,
salió furioso, exclamando:
—¡Pronto, mis gentes de armas,
prended fuego a todo cuanto
en este lugar se encierra,
para que el fuego sagrado
devore lo que el aliento
de un traidor ha profanado!

(Pequeña pausa. Más desconcertado.)

Ya no hay que pensar en paces...

¡Don Pedro no admite pactos
ni dará a nadie cuarte!...

ALBURQUERQUE

(Violentamente.)

Mas ¿quién en ello ha pensado?
no hay más razón que las armas...
¡Y a las armas apelamos!
¿Medina suya? ¡Medina
será de don Pedro cuando
mi cinto no lleve espada
ni mis hombres tengan brazos!

CERDA

(Con recelo.)

Mas ¿si hay traidores?

ALBURQUERQUE

Se cuelgan

de una almena para pasto
de las aves de rapiña...

CERDA

(Insistente.)

Mas si entre ellos acaso
hubiese alguno...

ALBURQUERQUE

Don Juan

de La Cerda, ¡hablemos claro!
¿Sospecháis?...

CERDA

De don Fadrique.

CASTRO

(Con violencia.)

¡Vive Dios que es de villanos
ofender al que no puede,
por no estar presente al caso,
a la lengua que le ultraja
arrancarla con su mano!
Mentis si tal sospecháis...

CERDA
(Indignado, empujando la espada.)
Esas frases, don Fernando...

CASTRO
(Echando mano a la espada.)
¡Siempre sostuvo mi espada
lo que dijeron mis labios!

ALBURQUERQUE
(Interponiéndose con enérgica severidad.)
¡Callad... o haré un escarminio!
El maestro de Santiago (A La Cerda.)

no puede infamar la Cruz
que sangra sobre su manto.
Además, no es de los nuestros;
nada ofreció ni ha jurado.
a servir vino a las reinas
con el rey, de intermediario.
Marchad, don Juan, a dar órdenes
a la gente. Don Fernando,
vos, anunciad a las reinas
que al bañar el sol los campos
profesará a la Padilla...

Mas antes, daros las manos...
(Don Fernán Ruiz de Castro y La Cerda vacilan un instante. Después se estrechan fieramente las manos.)

CERDA
(En voz baja.)
Las palabras que dijisteis...

CASTRO
(Idem a La Cerda.)
Os las sostendrá en el campo.
(Sale La Cerda por el primer término, seguido de don Sancho.)

ESCENA III

ALBURQUERQUE, FERNAN CASTRO y
DON ALVARO DE ZUNIGA, que entra por
el segundo término de la derecha. Al verlo
se detiene don Fernando.

ALVARO
¡Señor!
ALBURQUERQUE
¿Mi encargo cumplisteis?
¿Y las reinas?

ALVARO
Con sus damas
en el salón de esa torre
ataviándose se hallan.

ALBURQUERQUE
¿Y la Padilla?
ALVARO
Platica
con don Fadrique en su estancia...
Y a la profesión se muestra,
al parecer, resignada,

ALBURQUERQUE
Acompañad al de Castro
donde las reinas aguardan,
y ejerced sobre el castillo
la más dura vigilancia.
(Sale por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA IV

DON ALVARO y FERNAN RUIZ DE CASTRO

CASTRO
(Viendo desaparecer a Alburquerque y dirigiéndose a don Alvaro.)
Tengo que hablaros, don Alvaro.

ALVARO
(Sorprendido.)
¿Qué queréis?
CASTRO
(Mirándole fijamente.)
Oid con calma,

mancebo. ¿De este castillo
sois el alcaide, y la guardia
de la de Padilla os tienen
también en él confiada?

ALVARO
(Alarmado.)
Es cierto.

CASTRO
(Con lentitud.)
¿Por que creisteis
que la Padilla fué causa
de que vuestro padre fuera
desterrado de su patria,
vos habéis sido, don Alvaro,
traidor a vuestro monarca?

ALVARO
(Sin poder contenerse.)
¡Vive Dios que si seguís
hablando!...

CASTRO
(Con seriedad.)
¡Mancebo, calma,
que os conviene más que a mí
el escuchar mis palabras!
;Don Alvaro, respondedme
con sinceridad, que os habla
un hombre para quien vos
oculto no tiene nada!

(Acercándose a don Alvaro.)
¿Es cierto que al conocer
la verdad de la desgracia
de vuestro padre, y que a ella
era la Padilla extraña,
pues obra fué de los mismos
que hoy defiende vuestra espada,
habéis jurado, don Alvaro,
de todos tomar venganza,
y arrepentido, del rey
queréis volver a la gracia,
para lo cual a su campo
llegásteis ayer mañana?...

ALVARO
(Espantado.)
¿Quién dijo?...
CASTRO
Vuestra conciencia,
que por vuestros ojos habla.

(Con lentitud.)
¿No habéis ofrecido al rey
de-le en el castillo entrada

esta noche, por alguna
galería subterránea
de vos sólo conocida?
Pues vamos... ¡Don Pedro aguarda
que ahora, devoto, cumpla
don Alvaro su palabra!
Aquí he venido a avisaros...
¿Vuestra gente, preparada
se encuentra, a prestar su apoyo
a las huestes del monarca?

ALVARO
(Convencido.)
Sólo a su señor esperan
para morir por su causa.

CASTRO
A la entrada de la cueva
nuestro señor nos aguarda.

ALVARO
(Señalando el postigo.)
Pues vamos... (¡Si me traicionas,
no quedaré sin venganza!)
Desnudando el puñal, y saliendo recatada-
mente detrás de Castro por el postigo.)

ESCENA V

DOÑA MARIA DE PADILLA y DON FADRI-
QUE, que salen por la primera puerta de la
derecha.

FADRIQUE
Señora, a salvaros vine,
y no hay tiempo que perder.
No dejad que tarde os pague
deudas que aún no os pagué,
que ser deudor de favores
a un noble no sienta bien.
Me enteré de vuestro raptó
cuando a Llerena llegué,
por un pliego de mi hermano
y de las reinas, en que
se me instaba a que tomase
parte en la traición también.
Y pensando en que salvaros
pudiera, el plan acepté.
Conmigo podréis partir
con el alba... Yo estaré
con mis huestes, esperándoos
de esas murallas al pie.
Conozco un camino oculto
y por él huir podréis.

MARIA
Perdonad, señor maestro,
que rechace auxilios que,
aunque agradecida os quede,
aceptar nunca podré,
porque el aceptarlos fuera
cobardía, y no altivez,
y entre cobarde y altiva,
altiva prefiero ser.
¡A traición me arrebataron
de los brazos de mi bien!...

El sabrá vengar la ofensa...
¡De aquí, señor, no saldré
—y perdonad mi osadía—
sino del brazo del rey!

FADRIQUE
¡Mas yo vine aquí a salvaros;
y os juro que os salvaré,
aunque tenga que arrasar
esta fortaleza, pues
dejaros aquí ahora, fuera
acción indigna de quien
ciñe acero y viste mallas
y lleva esta cruz también!
¡No abrigad una esperanza,
porque todo inútil es!...
!Cuando despunte la aurora,
señora, profesaréis!
Para salvaros, en vano
sus huestes congrega el rey,
porque al llegar a estos muros
no habrá ya esperanza, pues
será la esposa de Cristo
imposible para él.

MARIA
Mi alma entera os agradece
vuestra ayuda. Mas no huiré
porque la gente no diga
qué cobarde.—al fin mujer—
por temor a su venganza
de sus manos me escapé,
que quien nunca ha delinquido
nada tiene que temer.
Aquí espero mi destino...
¡Y si mi destino es
ahogar mi vida en un claustro,
tranquila al claustro me iré
a buscar a mis dolores
el consuelo de la fe!
¡Y si la muerte me brindan
entonces, ya verán, pues,
cómo mueren en Castilla
las mujeres de mi prez,
y será honrada en la muerte
quien honrada en vida fué!

FADRIQUE
Pues bien, señora, me marcho,
no vayan a sorprender
nuestra entrevista, y sospechen...
A solas, pensadlo bien...

Yo, al pie de esos torreones
aguardo al amanecer...
¡Y si partir no quisierais...
yo solo me partiré,
porque presenciar no quiero
infamias de este jaez...
que el presenciarlas indigno
de un noble, como yo, es!...
(Se inclina y sale por el primer término de la
izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA

MARIA

(Sola y abatida al pie de la imagen.)

¡Piedad, piedad, Señor! ¿No le ha basado

a tu rigor las penas que he sufrido?
¡Tantos insultos como he devorado!
¡Tantas saetas como me han herido!
El vulgo vil escarneció mi nombre;
mi fama manchan la traición y el dolo...
¿Que vos sufristeis más? Vos erais hom-

bre.
y además erais Dios... ¡Y yo soy sólo
una débil mujer desamparada,
que, en su doliente y lacrimoso anhelo,
a vuestros santos pies arrodillada,
lo que no halla en la tierra pide al cielo!
¡Ayúdame, Señor, porque me falta
la fuerza, y el cansancio me domina...
Mi altiva frente, que brilló tan alta,
hoy entre el polvo de dolor se inclina!
¡Pequé, Señor, pequé... Sueños livia-

nos
me apartaron de tí... ¡Tú eres testigo
que viniendo el castigo de tus manos
aceptaré gustosa tu castigo!
Revolcándome en lecho de serpientes,
retorciéndome en medio de las llamas,
aun cuando crujan de terror mis dientes
y ardan mis huesos como secas ramas,
yo alabaré tu gloria justiciera,
porque hambrienta de goces me he en-

tregado

—con todo el cuerpo y con el alma en-
[tera—
a los falsos deleites del pecado!
Con la justicia tu poder coronas...
Pero piensa, Señor, si tú, que eres
todo misericordia, no perdonas
a los pobres mortales, ¿cómo quieres
que ellos, que son salvajes como po-

tros
y vengativos como salteadores,
dando al olvido agravios y rencores
se perdonen los unos a los otros?
¡Dale lepra a mi carne, al alma fuego;
condéname al más bárbaro castigo,
que tranquila a tus cóleras me entrego
y en mi suplicio tu rigor bendigo!
Pero salva este amor que tú encendiste
dentro del corazón, para que fuera,
en las tinieblas de mi vida triste,
la única estrella que su luz me diera!...

(Permanece un momento sollozando, abra-
zada a la cruz.)

ESCENA VII

Dicha. DOÑA BLANCA y DOÑA SOL
(Estas últimas aparecen por el segundo tér-
mino de la izquierda y se detienen al ver a la Pa-
dilla.)

BLANCA

(Señalando a la Padilla.)

¡Aquí está ya!

SOL

(Deteniéndola.)

¿Qué va a hacer

su alteza?

BLANCA

(Imponiéndole silencio con un gesto.)

¡Callad, callad!

Voy a hablar a esa mujer...

¡Vos, el patio vigilad!

(Avanza resueltamente hacia la Padilla, la
cual, sorprendida, se alza y retrocede.)

MARIA

(Alzándose.)

¡Esto más!

BLANCA

(Con feroz alegría.)

¡Al fin os vi!...

¿Os extraña mi presencia,

o es que os grita la conciencia
al miraros frente a mí?

(Doña María inclina la frente y baja los ojos.)

¡Palidece vuestra tez
y bajáis los ojos: tal
se presenta el criminal
ante la vista del juez!

MARIA

(Cayendo de rodillas.)

¡Piedad, señora!

BLANCA

(Aproximándose a ella.)

De mí,

tú, manceba, ¿la has tenido?...

¡A vengar aquí he venido

los ultrajes que sufrí!

Sin pena dejé mis lares,

olvidando, en mi alegría,

mis recuerdos familiares,

pensando que aquí hallaría

cuanto anhelante soñé:

la dicha, el amor y un trono...

¡Y en el más negro abandono,

al despertar, me encontré!

Herida de sus desdenes

por las burlas asesinas...

¡con la corona de espinas

sangrando sobre mis sienes!

Cuanto soñaba era tuyo...

Tú mataste mi esperanza...

¡Ya que no mi amor, mi orgullo

está pidiendo venganza!

MARIA

(Suplicante.)

No pudisteis ofrecerme
venganza más ejemplar...

¡Qué más venganza que verme
a vuestras plantas temblar,
sin vida y color la tez,
igual que ante vos me veo!
Tenéis razón... ¡Soy un reo
a la presencia del juez!
Oídme como juez ahora,
que a vuestro arbitrio me ofrezco...
Mas perdonadme, señora,
si vuestro perdón merezco.
(Pequeña pausa. Doña María la contempla
sumisa.)
¡No me miréis tan severa!...
¿Pues qué culpa tengo yo
de que en mi pecho creciera
lo que el cariño sembró?

(Con profunda emoción.)

¡Amor brota porque sí;
y sin ley y sin razón,
florece en el corazón...
como ha florecido en mí!

BLANCA

La pasión que sin piedad
del alma se enseñorea,
¿estáis segura que sea
amor, y no vanidad?
Deslumbra el regío fulgir
del trono... A su resplandor
¿quién acierta a distinguir
la vanidad del amor?

MARIA

¿Qué me importa su realeza,
su gloria y su poderío,
cuando no existe grandeza
comparable al amor mío?
¡Bien se conoce, señora,
que en vuestra alma en reposo,
aún no despertó la aurora
de ese anhelo misterioso
que no sabe qué desea
y es al par dicha y temor,
cuando tenéis una idea
tan mezquina del amor!
¡Si mi amado pobre fuera,
fuera mayor mi contento,
pues por pobre le quisiera
aún con más desprendimiento!
¡Si fuese moro o judío,
fuese menor mi cuidado,
porque al verle despreciado
le amara con mayor brío!
Si fuese traidor y falso...
¡con qué orgullo subiría,
la escalera del cadalso!
Y aun leproso le quisiera,
para que siempre, apartado
de todos, sólo a su lado
a mi cariño tuviera...
¡Con qué placer, en su encierro,
mi amor, en su idolatría,

la sangre le lamería
de sus llagas, como un perro?
(Exaltándose hacia el frenesí.)

¿Que me ciega su corona?
Callad, señora, esa ofensa,
porque mi amor no ambiciona
ni sueña más recompensa
que sus miradas amantes,
pues ellas son para mí
de más precio que el rubí,
las perlas y los diamantes,
los berilos y las gemas
que, cual mágico tesoro,
resplandecen en el oro
de sus fulgidas diademas.
¡Y es mi afecto tan profundo,
que para amarle quisiera
que en mi corazón latiera
todo el corazón del mundo!
¿Poder, riquezas y honor?
Sin grandezas me acomodo...
Arrebatádmelo todo...
¡Pero dejadme su amor!

(En un arranque supremo.)

Y si tan inmenso bien
os hiere, a vos lo confío...
¡Quitadme su amor también...
pero no tocad al mío!
¡Mi amor!... Eso no os lo cede
mi orgullo, señora, a vos...
¡que arrancármelo no puede
ni Dios mismo... con ser Dios!

BLANCA

(Conmovida.)

Pues bien; si tanto le amáis,
—en vuestras palabras creo—
¿por qué no sacrificáis
a su paz vuestro deseo?
¡Amor no es sólo gozar,
amor es también sufrir;
sentir su fuego y morir
quemándose sin gritar!

MARIA

¡Si mi amor sin mí viviera
feliz, sacrificaría,
no esta pobre vida mía,
¡sino mí, si las tuviera!

(Cae de rodillas con las manos juntas.)

Sois joven hermosa y pura...
A vuestras plantas de hinojos,
por el llanto de mis ojos,
por mi pérdida ventura,
por todo cuanto sufrí,
mi amor os suplica ahora
que le hagáis feliz, señora...
¡Mas que se olvide de mí!

(Llorando.)

Y yo, en el claustro encerrada,
de esa santa cruz al pie,
al cielo le rogaré,
de mi alma destrozada

arrancando las raíces
de esa amorosa ansiedad:
—¡Que seáis felices, felices
por toda la eternidad!

(Con loca desesperación.)

Mas si él no olvida mi amor...
si me busca... a él tornaré,
¡y por su amor dejaré
hasta el trono del Señor!

BLANCA

(Profundamente conmovida, con los ojos
arrasados en lágrimas, alzando a doña María.)

Señora, del suelo alzado;
recobrad vuestro sosiego,
y si es posible, os lo ruego,
mi imprudencia perdonad...
Y que mi palabra abone
el llanto que mi alma llora

MARIA

(V olviendo a su cámara, con voz solemne al
traspasar los umbrales.)

Perdonémonos, señora...
¡para que Dios nos perdone!

ESCENA VIII

DOÑA SOL y DOÑA BLANCA

SOL

(Acercándose a su señora.)

Os lo dije mi señora...
Fué imprudencia...

BLANCA

(Conmovida.)

No lo ha sido...

¡Maldita la tiranía
que así esclaviza al cariño!...
¡Si ella tiene herido el pecho,
mi pecho está más herido!
Las dos un mal padecemos...
¡y cómo odiarnos, Dios mío,
si nuestra pena es la misma
y nuestro crimen el mismo!

SOL

(Con misterio y temor.)

Señora, si alguien oyese...

BLANCA

¡Qué me importa, si ya he oído
gritar mi alma en su alma
maldiciendo del destino!
¿Por qué el Señor, si es un crimen,
me lo puso en mi camino?

(Dirigiendo los brazos al cielo.)

¿Qué culpa, decid, qué culpa
tengo yo de haberle visto,
y que quedase en sus ojos
este corazón cautivo?

(Queda un momento abatida.)

SOL

(Viendo a don Fadrique, que aparece por el
segundo término de la izquierda.)

Señora, el maestre llega.

BLANCA

(Recobrándose.)

¡Cállate, corazón mío!

ESCENA IX

Dichas y DON FADRIQUE (que aparece por la
arcada del segundo término de la izquierda.)

BLANCA

¿Conque os marcháis, don Fadrique?

FADRIQUE

Si vuestra venia me dais
marcharé con la alborada.

BLANCA

¿Y dónde el maestre va?

FADRIQUE

Puesto que armado me veis,
señora, no preguntad.

Allí donde pueda el temple
de estas mis armas probar,
que en la tierra castellana
es descanso el pelear...

¡Y más para aquel que a solas
con sus recuerdos está!...

¡Porque hay recuerdos que sólo
la muerte puede borrar!

BLANCA

(Sin poder contenerse.)

Mas ¿si una herida?...

FADRIQUE

¡Qué importa

herida que haga sangrar
el cuerpo, si tengo el alma
herida de muerte ya!

BLANCA

(Con intención.)

¿Tan certera fué la espada,
o estaba, señor, tan mal
defendida que no pudo
el duro golpe evitar?

FADRIQUE

Al hierro que nos ataca
el hierro puede parar.
¡Mas no hay coraza que embote
una mirada mortal,

porque, sin verla, derecha
al corazón se nos va!

¡Y al acordar lo tenemos
herido de muerte ya!

BLANCA

(Con intención.)

Herida que abren los ojos
los labios pueden cerrar...

FADRIQUE

(Vivamente.)

Mas, ¡también pueden matarnos
de tanta felicidad!

(Acercándose a ella con un impulso vehemente.)

¡Doña Blanca, doña Blanca!

¿Por qué da vuestra piedad

esperanzas al que tiene
muerta la esperanza ya?

BLANCA

Mas, ¿qué fuera de la vida
sin esperanza?... ¡Esperad,
que todo lo vence el tiempo,
y tiempo de todo habrá!

FADRIQUE

¡Herida abierta en el alma,
el tiempo la encona más!

(En un arranque de pasión.)

¡Señora! ¡Señora!

BLANCA

(Haciendo un esfuerzo terrible para ocultar su
emoción.)

¡Idos!

Pero antes de marchar,
maestre de Santiago, oidme
esta balada que allá
en mis jardines de Francia
hizo el amor popular:
«Cristiano que vas al moro
por la cruz a guerrear...
¡Toma este anillo de oro
y mételo en tu anular!
¡Y si dentro de dos años
en mí no vuelve a lucir,
cubierta de negros paños
me iré a un convento a pudrir!

Anillo, prenda de amor,
que en su lecho de agonía
me entregó la madre mía,
no puedes serme traidor.
En prenda de amor te di;
a mi amante séle fiel.

¡Que él no regrese sin ti!...
Mas tú... ¡no regreses sin él!»

FADRIQUE

(Como hablando consigo mismo.)

¡Dichoso el guerrero que
esa balada inspiró!

(Se queda un momento inmóvil contemplando
vorazmente la sortija de doña Blanca.)

BLANCA

Mas, ¿qué miráis, don Fadrique?

FADRIQUE

(Ansiosamente.)

Señora, mirando estoy
esa sortija de oro
que en vez—¡oh dulce ilusión!—
de engalanar vuestra mano,
con ella se engalanó.

BLANCA

(Temblando de emoción.)

Fué regalo de mi madre...

si os place... ¡tomadla vos!

(Se lo da trémula. Don Fadrique, al tomarla,
palidece.)

FADRIQUE

(Como ebrio.)

¡Gracias, gracias, doña Blanca!

(En un arranque de pasión, apretándole las
manos y mirándole hasta el fondo de los ojos.)

BLANCA

(Abandonándose.)

¡Don Fadrique!

FADRIQUE

(Soltándola súbitamente.)

¡Adiós!

(Se va por el segundo término de la izquierda.)

BLANCA

¡Adiós!

(Despidiéndole con los ojos y saliendo por el
primer término. Se va seguida de doña Sol, que
durante la escena ha permanecido detrás del
arco del primer término.)

ESCENA X

DON PEDRO y DON ALVARO, que penetran
recatadamente por el postigo.

ALVARO

(Deteniéndose al rey.)

Cubrid el rostro, señor,
que os pueden reconocer.

PEDRO

(Con arrogancia.)

Ante sus vasallos nunca
oculta su rostro el rey.

ALVARO

(Deteniéndole de nuevo.)

Mas ved, señor, que aún no es tiempo...

PEDRO

Siempre es tiempo para quien
lleva en el cinto una espada
y manco, además, no es.

¿Dónde está doña María?

(Con impaciencia.)

ALVARO

Esperad, señor

PEDRO

¿Por qué?

¡Bien se conoce que aún no
sentiste palidecer
tu semblante ante el misterio
de unos ojos de mujer,
cuando aun amante aconsejas
que tarde en mirar su bien!...
¡Pronto! ¿Dónde está?

ALVARO

Su alteza

perdone... Mas mi deber...

PEDRO

Tu único deber, don Alvaro,
es caillar y obedecer.

ALVARO

Mas nuestra vida, señor,
corre riesgo si a saber...

PEDRO

¡Llévame a mi amor primero,
mi vida guarda después,
que entre el amor y la vida
el amor primero es!

ALVARO

Mas, señor, señor, calmaos...

Esperad, señor, que estén prevenidos todos cuantos a fuerza de oro compré.

PEDRO

(Severamente.)

Si llegar aquí a escondidas yo, don Alvaro, acepté, sin mi guión y mis gentes, como un ladrón, es porque así llegaba más pronto a los brazos de mi bien, porque sino, espada en mano y abrazado mi broquel, tomado hubiese el castillo hasta convertirlo en cenizas que rauda el viento trocase en polvo después!... ¡Cada minuto que pasa sin mirarla un siglo es!

ALVARO

Pues por su amor os conjuro a que escondido esperéis la llegada de los nuestros, a quien yo entrada daré por el portillo que linda con el río Zarpadiel.

Su presencia al son de esa campana os anunciaré. Entretanto, yo os respondo de doña María... ¡Mas ved!

(Mirando a la arquera del patio, Después señala a don Pedro el postigo.)

Allí viene vuestra madre con Alburquerque...

PEDRO

(Al salir.)

¡Pardiez!

¡Los muros de este castillo van a desplomarse al ver cómo a vengar sus agravios va la justicia del rey!

(Don Alvaro cierra el postigo y se acerca a los que llegan por el segundo arco.)

ESCENA XI

DON ALVARO, DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y la REINA MADRE DOÑA MARÍA, que entran por el segundo término de la izquierda. Don Alvaro se inclina profundamente.

ALBURQUERQUE

A la nobleza, don Alvaro, en el patio congregad, pues va, al despuntar el día, la Padilla a profesar. El portillo que da al río con vuestros hombres guardad porque, según aseguran los adalides, están

ya las huestes de don Pedro dando vista a la ciudad.

ALVARO

¿Nada más, señor, mandáis?

ALBURQUERQUE

Al de la Cerda avisad para que vaya a la reina doña Blanca a acompañar.
(Don Alvaro se inclina y sale por el primer término de la izquierda.)

ESCENA XII

LA REINA DOÑA MARÍA Y ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Arriesgamos la vida en la jugada, pero entretanto la Padilla aliente, de vuestro hijo la implacable espada sobre nosotros estará pendiente.

REINA

Mas ¿no bastan los muros de un convento para apartarla de él? ¿Se atrevería a robársela a Dios?

ALBURQUERQUE

Su atrevimiento

¿a qué crimen, por ella, no osaría? Don Pedro es impaciente, duro, osado. Su corazón piedades no atesora... ¿Con sangre de qué fiera habéis, señora, al cachorro real amamantado?

REINA

¡Es mi hijo!

ALBURQUERQUE

Callad, que vuestras quejas avivan mi rencor... ¡Sus hieles bebo! ¡Tocáis mi pecho, y las heridas viejas vuelven a abrirse... y a sangrar de nuevo!

REINA

¡Mas tened compasión de la Padilla!

ALBURQUERQUE

¿Qué importa un crimen si borró su huella? ¿Qué importa que ella muera si con ella se salva la Corona de Castilla?

REINA

¡Yo no quiero que muera!... ¡Yo no quiero!

Es inocente... y se dirá mañana...

ALBURQUERQUE

¡También era inocente la Guzmán, (Sordamente.) y cayó sin piedad bajo el acero! En vano; en vano vuestros labios gimen suplicando perdón. ¡Nos liga un fuerte lazo irrompible!... ¡Sí, crimen por crimen!

¡Primero el claustro, mas después la muerte!

REINA

Ante el crimen los nobles se alzarán todos contra nosotros...

ALBURQUERQUE

¡Qué fortuna!

¡Entonces a mis pies, una por una, sus altivas cabezas rodarán!

(Replica el esquilón de la iglesia.)

REINA

(Atenta.)

¡Mas... escuchad!... Replica la campana...

ALBURQUERQUE

¡Por la Padilla doblará mañana!

(Sombro.)

REINA

¡Piedad, don Juan!

(Deteniendo a Alburquerque.)

ALBURQUERQUE

(Adelantándose.)

¡Por nuestro amor, señora!

¡Por este amor que surge más ardiente que el rosal luminoso de la aurora en las lejanas cimas del oriente!

(Mirando a las almenas.)

Ya el sol del nuevo día centellea...

REINA

¡Triunfe otra vez el mal!... ¡Oh, don Juan! ¡Sea!

(Decidiéndose.)

Sucumba a nuestro amor doña María. Vuelva el crimen a unirnos con sus brazos.

¡Qué me importa, don Juan, si en vuestros brazos a los mismos infiernos bajaría!

(Alburquerque entra en la habitación de la Padilla. La campana continúa repicando.)

ESCENA XIII

Dichos y DOÑA MARÍA DE PADILLA, que sale con ALBURQUERQUE.

ALBURQUERQUE
MARÍA

¡Venid, señora!

¡Compasión, Dios mío!

(A Alburquerque.)

Tened piedad de mí... No consintáis que se consuma el sacrilegio.

ALBURQUERQUE

oponeros a Dios?

¿Osáis

MARÍA

En él confío.

De su eterna bondad, que nunca yerra, aguarda el alma su postrer consuelo... ¡Puesto que no hay piedad sobre la tierra, mi esperanza, Señor, dirijo al cielo!

(Viendo la impasibilidad de Alburquerque, se dirige a la reina.)

¡Señora, tu infinita piedad muestra! ¿Por qué consuelo a mi dolor no dáis?...

¡Por vuestro amor, si amásteis, y por vuestra salvación, si creéis, no consintáis que profane este templo con mi planta!...

¡Os lo pido postrada de rodillas!...

¡Ved como baña el llanto mis mejillas, ahogando los sollozos mi garganta!

(A Alburquerque.)

¡Compadeceos de mi triste suerte!...

¡Dad a mi pecho atribulado calma!...

¡Antes que a esta pasión, matad mi alma, y antes que profesar, dadme la muerte!...

¿Qué mal os hice para atormentarme?

ALBURQUERQUE

No hay tiempo que perder. ¡Vamos, señora!

(Cogiéndola de un brazo.)

MARÍA

¡Señor, Señor, piedad!... ¡Venid ahora

(Abrazándose a la cruz.)

a ver si os atrevéis a arrebatar me de los brazos de Dios!...

ALBURQUERQUE

¡Doña María,

(Arrancándola.)

tan decidido estoy, que aun cuando fuera preciso, hasta el altar os llevaría

arrastrando de vuestra cabellera!
Ni aun ante el crimen ¡vive Dios! me arredro...
Ningún consuelo en tu dolor esperes...
¡Gritaré, gritaré!

MARIA

(Luchando.)

ALBURQUERQUE

¡Grita si quieres!

(Arrastrándola a la iglesia.)

Mas ¿quién ha de ampararte?

(La conduce al templo.)

PEDRO

¡Yo!

(Abriendo violentamente las puertas y cruzándose de brazos.)

MARIA

¡Don Pedro!

(Corriendo hacia él.)

ESCENA XIV

Dichos y DON PEDRO.

PEDRO

¡Sacrílegos, atrás! Si estos lugares

(Interponiéndose. Los otros retroceden.)

intentáis profanar, roto el sudario,
de su sepulcro se alzará, terrible,
la sombra de Jesús crucificado,
¡oh viles mercaderes de conciencias!
para echaros del templo... ¡a latigazos!

(Alburquerque intenta avanzar. La Reina le contiene. Doña María se abraza a don Pedro.)

¡Ya en mi brazos estás!... ¡Venid ahora!...

¡venid a arrebatarla de mis brazos!

¿Cómo entrásteis aquí?

ALBURQUERQUE

PEDRO

Como vosotros

(Con voz de trueno.)

me la robásteis: a traición he entrado.

Mas ¿quién sois vos para exigir respuestas

a vuestro rey? ¡Ante mis pies, vasallo,

hasta que el polvo que mis plantas huellan,

cobardes besen tus inmundos labios!

Sólo así me veréis cuando mi tronco

(Con desdeñosa altivez.)

esté de mi cabeza separado.

Entrégame tu espada.

¿A vos, mi espada?

(Con sarcasmo.)

¡Es tan dura, señor, y pesa tanto,
que temo que, agobiada por su peso,
se desplome. al cogerla, vuestra mano!

ALBURQUERQUE

PEDRO

ALBURQUERQUE

PEDRO

¡Miserable! Verás cómo con ella

(Amenazante.)

te arranco el corazón hecho pedazos!

(Tira de la espada. La Padilla lo detiene.)

MARIA

REINA

¡Don Pedro, por piedad!

Hijo, ¿qué es esto?

(Interponiéndose.)

¿Te atreves a mi vista?

PEDRO

¡Atrás, villano!

(Atacando.)

¡Defiéndete, Alburquerque, cara a cara,
o sin defensa, como a un vil, te mato!

(La reina se interpone.)

ALBURQUERQUE

¡Estás en mi poder, mancebo loco!...

¡En el cubil del lobo te has entrado.